



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba
y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
En los demás puntos de América, y las islas
Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Méjico:* Las Misiones en Sonora y la Alta Tarahumara.

Dahomey: El hospital de Agüé.

Colombia: Un nuevo lazareto confiado á los Salesianos.—Increíble número de leprosos.—Triste primacía de Colombia.—Tres lazaretos.—Dolorosa impresión que origina la primera visita á un lazareto.—Lazareto de Contratación.—Situación topográfica.—Misión interrumpida por el hambre.—Socorros de la caridad.

Chile: Porvenir de la mujer araucana.

Dávao: Conversión de los moros del seno de Dávao.

UN CAPÍTULO DE LA ETNOGRAFÍA DE LOS BIRMANES KARINOS.—III, La muerte entre los karinos.—IV, Los funerales.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO DE BASUTOLANDA.—XIV, La ley.—Los juicios en el khotla.

A TRAVÉS DE LA MISIÓN DE NUEVA GUINEA: I.

LA ÚLTIMA CONSTITUCIÓN DE LEÓN XIII SOBRE LOS RITOS ORIENTALES.—III y último.

LA PRIMERA IGLESIA AMERICANA.

NOTAS BIOGRÁFICAS DEL EXCMO. Y RMO. SR. DR. DON

VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO, obispo de Santander.

LA ASCENCIÓN DEL SEÑOR, Y PENTECOSTÉS Ó PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO.

CRÓNICA.—Inglaterra.—Japón.—Tonkín.

VARIEDADES.—La Emperatriz del Japón.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Protección de María.—Salvados por María.

GRABADOS

EXCMO. SR. DR. D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO, obispo de Santander.

NUEVA GUINEA.—Trabajando entre los paletuvios.

LA ASCENCIÓN DEL SEÑOR.

PENTECOSTÉS.

BASUTOLANDA.—Jóvenes esclavas yendo por agua.

DAHOMEX.—Sor Epifania, superiora de las Religiosas de la Misión de Agüé.

BIRMANIA.—Esposos karinos.

— Un birmán y su mujer.

— Aldea birmana.

PROTECCIÓN DE MARÍA

Camila, hija de buenos padres, dotada de genio vivo y despierto, era pequeña, fea, bizca y sin gracia. Herida su vanidad así que pudo compararse con sus compañeras, se agrió el carácter de la joven y se hizo orgullosa, escéptica, envidiosa é impía. Las muestras de afecto que recibían sus compañeras la exasperaban. Llegó á ser socialista y casi atea.

¡Pobre Camila! Nadie la quería y no quería á nadie. Era egoísta y los egoístas de todos huyen. Oía en su alma el grito de la rebelión. ¿Por qué hay ricos y yo soy pobre? Y los socorros que la caridad hacía llegar hasta ella la humillaban.

Entró á servir, pero su orgullo la hizo insoportable el tener que obedecer. Se puso á trabajar por su cuenta, y como era laboriosa y tenía habilidad, logró ir viviendo. Al poco tiempo se alteró su salud: empezó á faltarle el trabajo. Su carácter se agrió más cada vez y decidió matarse. Así dejaría de padecer. ¿Estaba segura de ello?

Un día pasaba por delante de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias y entró por mera curiosidad. Mucho tiempo hacía que no entraba en ninguna iglesia. Llamáronle la atención el número y la compostura de los concurrentes. Era por la tarde. No había sermón ni oficios, y sin embargo, la iglesia estaba casi llena de fieles. Unos apenas hacían más que entrar y salir. Sólo estaban el tiempo necesario para rezar un *Padre nuestro* y una *Ave María*. Otros permanecían largo tiempo devotos y recogidos.

Camila había dicho muchas veces: *La Religión es buena para los ricos. Puesto que Dios les favorece, que le den gracias*. Pues bien, á juzgar por las apariencias, había en la iglesia menos ricos que pobres. Sirvientas, modistas, empleados, estudiantes, trabajadores, estaban postrados delante de los altares.

La joven no había olvidado las oraciones que aprendió en su niñez. Movida por un impulso irresistible, rezó una *Ave María*, y luego cuantas oraciones conservaba en la memoria. Sentía que su corazón se ablandaba, que la inspiraban horror sus instintos rebeldes y que la daban miedo sus planes suicidas. Camila á pesar de sus graves faltas, conservaba un tesoro incomparable: la fe.

Conmovida hasta el fondo de las entrañas, dijo.

—Vendré mañana, me dirigiré al primer sacerdote que encuentre, y trataré de volver á ser lo que era el día de mi primera comunión.

Iba á marcharse, cuando vió á un anciano sacerdote, de venerable aspecto, salir de un confesonario y dirigirse á la sacristía.

Camila oyó como una voz interior que le decía: ¿A qué dejar para mañana lo que puede hacerse hoy? ¡Y si te mueres esta noche! Habla á ese anciano, cuéntale tus penas y te dará consuelo.

—Padre mío, dice en voz baja al anciano sacerdote, deseo confesarme.

Vuelve el venerable eclesiástico al confesonario. A los pocos momentos corren lágrimas de arrepentimiento de los ojos de la joven. El sacerdote le ayuda á hacer el examen de conciencia, la anima á confesar todas sus culpas y oye la historia de aquella contrita pecadora, que se levanta de los pies del confesor absuelta y tranquila.

La joven, en paz con Dios y consigo misma, cambia por completo de carácter. Todos los que la conocen observan el cambio que ha experimentado. Su modestia y dulzura encantan á los mismos que antes hufan de Camila, y pronto halla lo que hasta entoces no había tenido: amigos verdaderos que se interesan por la pobre huérfana.

De todas las desgracias que pesan sobre los pobres, las más terribles son las enfermedades. A la salud escasa, casi raquítica de Camila, vino á agregarse un malestar continuo. Los médicos hablaron de reuma, neuralgia. Pero un día los dolores se localizaron y llegaron á ser tan agudos, que los facultativos tuvieron que declarar que Camila tenía un cáncer, ¡horrible enfermedad que no suelta su presa! A la caída de las hojas, á más tardar en Diciembre ó en Enero, la joven había de sucumbir. Así lo indicaron los dos médicos de beneficencia que la asistían. El uno, que tenía la dicha de ser buen católico, la dijo un día:

—Veo, por las imágenes que tiene V. á la cabecera de la cama, que es V. piadosa: en este mundo no es V. feliz; no tiene V. familia. Alégrese de cambiar esta vida por otra mejor. Cuando esté V. en el cielo, hija mía, ruegue V. á Dios por mí.

El corazón de Camila experimentó dos impresiones al oír estas palabras: la una de alegría, la otra de dolor. Iba á morir, pero después de largos y atroces sufrimientos. Tembló, y pensando en la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, le pidió conformidad y fuerzas.

A los pocos días supo que varias personas piadosas organizaban un *tren de enfermos*. Quiso formar parte de esta tierna peregrinación, y pedir á nuestra Señora de Lourdes la salud del cuerpo ó la resignación del espíritu.

Una señora caritativa facilitó á la joven los medios de hacer el viaje. Algunos días después recibió la dama una carta de la enferma.

«He tenido la dicha de ver milagros, escribía Camila; la Santísima Virgen no me ha curado, pero la debo el valor y la confianza que experimento.»

Al volver de Lourdes la joven seguía padeciendo. Su enfermedad aumentaba diariamente; pero Camila no se quejaba. Todos los malos instintos habían desaparecido de su alma. La joven escéptica, orgullosa é impía antes de ir á la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con el favor de la Santísima Virgen iba á morir como mueren los Santos.

Y así fué, en efecto. Murió resignada, y cambió gozosa esta vida de lágrimas y dolores por el mundo de la luz, al que se fué llena de santa confianza en la mediación todopoderosa de la Madre de Dios.

¿Qué milagros mayores que los que tienen por objeto el alma? Los milagros de la conversión, de resignación, de pacificación del espíritu, son más importantes y más difíciles que la curación del cuerpo.

Son más difíciles, porque con una palabra de Dios las leyes de la naturaleza se modifican ó se cambian. Pero en la conversión es necesario nuestro consentimiento. Dios, que nos ha creado por sola su voluntad, no nos salvará sin nuestro concurso. El libro albedrío es una fortaleza de que somos señores.

Son más importantes; ¿pues de qué sirven la salud y la vida? Aunque se prolongase hasta los siglos de Matusalén, *quid hoc ad aeternitatem?* No hay más que un mal: la muerte eterna; no hay más que un bien, la eterna salvación.

SALVADOS POR MARÍA

Dos años hace que un barco pescante, habiendo terminado la pesca del bacalao en los bancos de Terranova, abandonaba el día 19 de Noviembre de 1894 la isla de San Pedro, después de haber recibido á bordo seis pasajeros y treinta jóvenes de los que se ocupaban en sacar el bacalao en las playas de dicha isla.

Dada la pequeñez de la embarcación, el cargamento,

CORRESPONDENCIA

MÉJICO

Las Misiones en Sonora

De una carta escrita en Torín el 28 de Enero último por el R. P. Calderón, misionero Josefino, tomamos lo siguiente:

ACTUALMENTE trabajamos con empeño en la reconstrucción de estos ruinosos templos, y aun en levantar otros nuevos; pues en algunos pueblos celebramos todavía los divinos Oficios en enramadas de carrizo, y aun bajo la bóveda del cielo, porque no hay otro remedio, so pena de dejar á estos pobres inditos sin Misa.

No quiero decir que construimos templos, pero por lo menos algunas capillitas, como una que se construyó en el Quevenio, mientras el P. Fernando estaba por esa capital, y que él mismo vino á inaugurar á su regreso de ésa. Y para que el castísimo Patriarca sea cada día más glorificado, le hemos consagrado á él dicha capillita.

El empeño que tomamos en lo material, hace que tomemos con mayor empeño lo espiritual. La educación é ilustración cristiana es lo que especialmente nos preocupa más, ya que el desbordamiento de la inmoralidad no reconoce por causa más que la ignorancia que reina en materia de Religión. Mas como este grave mal sólo lo puede curar la Religión, no queremos nosotros para la consecución de nuestro fin descuidar un medio el más poderoso, cual es el de la instrucción y educación de la niñez y la juventud.

A este fin hemos procurado también construir algunos localitos, aunque sea de carrizo, para fundar unas escuelas y dar en ellas á los niños la educación é instrucción civil y religiosa, formándoles de un modo especial el corazón según la doctrina celestial de nuestro Divino Salvador. Esperamos alcanzar todo esto con la gracia de Dios y el auxilio del Santísimo Patriarca, especial Protector de las Misiones católicas, á quien está consagrada nuestra santa obra.

Digameles á todos mis hermanos estudiantes que se apuren; porque acá les prepara el Divino Padre de familias una grande parte de la viña, llena en verdad de malezas y espinas, pero que promete los frutos más opimos.

Las Misiones de la Alta Tarahumara

En una carta escrita por el P. Tomás Rodríguez, misionero Josefino, el 7 de Febrero de 1898, leemos lo que sigue:

Voy á decir á V. algo de los trabajos de esta Misión tan dilatada, y tan difícil de servir conforme sus necesidades. Hace un mes que salí de Cuzárare con la nieve á dos piés de altura; pasé la barranca con no poco riesgo de haberme llevado la impetuosa corriente; pero mis compañeros, es decir, el indio que me acompaña y otros tres, me condujeron muy bien, y en medio de las grandes fatigas me consolaba ver á los tarahumaras que me seguían sin descanso. Tres días de correrías las más difíciles; tres días sin tener la dicha de celebrar el santo Sacrificio; tres días durmiendo en el socavón de un peñasco; tres días alimentándonos con sólo pinole en agua con un poco de chile, por habérsenos desbarrancado la comida que llevábamos; y tres días de camino por la nieve, logrando llegar á las cumbres de Samechique (lugar muy húmedo). Allí les hice una fiestecita, bailaron *yirmaro*, *matachines*, y mataron algunos animalitos para dar alimento á más de doscientos indios, concluyendo las fiestas con muchos bautismos.

El día 12 de Enero llamé á los tarahumaras para asentar las partidas de bautismos, cuando comenzaron á acercárseme gentes que no había visto en el día anterior, hombres y mujeres viejos con las cabelleras canas, y al preguntarles por su nombre, cuál sería mi sorpresa cuando me dijeron:

—¡Nosotros mismos que delante de ti estamos no tenemos el bautismo!

Calculo que muchos de ellos pasaban de sesenta años. Convenientemente ins-

truidos, bauticé cincuenta de los más ancianos, dejando á los jóvenes de ambos sexos para otra ocasión más oportuna, pues necesitan más instrucción y pueden esperar más que los viejos. ¡Cuánta necesidad! ¡y cuánto trabajo por nuestra parte y cuán meritorio! Los bauticé con las ceremonias de los adultos; y hubo repiques á vuelo y cuanto pudimos hacer para llamarles la atención. Conmovió tanto la ceremonia, que por fin otros cinco indios gentiles más viejos me pidieron el santo bautismo; arregléles unos hábitos blancos á dos de ellos, los más simpáticos, pues tenían de noventa á cien años. Me tomaron á mí por padrino, y puse por nombre al primero Porfirio Díaz, y al segundo José María Vilaseca; nombres que han descendido ya á la barranca de Tararecua, do vive la gentilidad, es decir, los que realmente no son bautizados y



EXCMO. SR. DR. D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO,
obispo de Santander. (Pág. 235)

no quieren ser bautizados por temor de que el mundo se acabe, se desplomen sus barrancas y acaben con todo, ¡tanta es su superstición! ¡Cosa admirable! Cuando las aguas regeneradoras del bautismo corrían por la coronilla y bañaban la frente del llamado Porfirio Díaz, rodaban por sus mejillas dos corrientes de lágrimas que brotaban al impulso de la gracia. Con mis ojos húmedos y mi corazón conmovido pasé cuatro días con ellos, informándome familiarmente de su presente y pasado; y me dijeron cosas que son en verdad tristes por los cuatro costados.

El 16 salí para Guaguachiqui (lugar do revolotea por lo alto el águila), donde permanecí un día observando las ruinas de aquel que sin duda en tiempos pasados fué una de las mejores obras de arquitectura de estos lugares en toda la extensión de la palabra. Y por desgracia hoy en ruinas y deshabitado, pues los mismos indígenas están en sus retiradas y casi ocultas guaridas. Aquellas angustas paredes hablan con su silencio elocuente; se empañaron sus glorias, y la robustez de nuestros antepasados pide justicia sin duda contra nuestra negligencia y poca energía. Pero confiemos en Dios, y esos mis pequeños sacrificios harán una santa violencia á San José, y si ahora soy solo en la inmensidad de esta barranca, pronto vendrán otros misioneros josefinos, que valerosos llevarán á cabo lo que ahora estoy comenzando.

Pasé el día 18 para Guagüeivo, donde tres días bailaron y úmare los indios, y allí hice comparación de la marcada variedad con que cada una de las tribus se distingue en la ejecución de sus actos exteriores.

Salí para Pamáchic, y allí calmó el excitado espíritu de algunos indios que, fuera de aquella oportuna hora, habrían lavado sus manos con nuestra sangre. Lo arreglamos, hicimos cuatro días de fiesta en acción de gracias: me separé por fin, y me acompañaron más de una milla, formando una prolongada ala los hombres, y otra las mujeres; y en medio de aquellas filas rodeado de las Autoridades que, como todos los otros, andaban desnudas, parecía que era el aguerrido general de la barranca colocado al frente de muchos nuevos cristianos. ¡Bendito sea Dios, que me consoló con tanto bautismo! Pasé por fin la barranca, y en el trayecto hasta Cuzárare nos tocaron de nuevo cuatro días casi de ayuno; cuatro días de comer pinole en agua, á dieta y medida, porque los indios que me acompañaron eran muchos.

«Grande es el fervor de los habitantes de la ribera del Paraíso (escribe otro Padre misionero Josefino). Ancianos de blanca barba me decían derramando lágrimas de ternura: Padre, ¡qué desgraciados hemos sido durante nuestra vida! hacíamos el mal por costumbre y sin conocerlo; nuestros padres nada nos enseñaron, porque ellos nada supieron de Dios ni de su santa Religión; ¿qué podríamos nosotros, los que ahora somos padres, enseñar á nuestros hijos? Ahora bendito sea Dios, ya V. nos ha enseñado á conocerle, ya sabemos que debemos amarle, y servirle, guardando su divina ley; nuestra conciencia está ya tranquila, porque hemos aprendido el modo de obtener el perdón de nuestras faltas en la confesión.»

DAHOMÉY (África Occidental)

El hospital de Agüé

La siguiente carta expone en conmovedores términos la suerte que les cabe á los esclavos enfermos en Dahomey. Esperamos que nuestros lectores se interesarán por la obra que el R. P. Lissner, superior de la Misión de Agüé, lleva á cabo para remediar tantos infortunios.



R. P. LISSNER

Lo que llamo hospital de Agüé en nada se parece á esos asilos vastos, cómodos, suntuosos á veces, verdaderos palacios de la caridad, abiertos en nuestra Europa cristiana á los miembros sufrientes de Jesucristo. Es un edificio en donde apenas doce ó quince enfermos hallan asilo. Y sin embargo, á los ojos de estos últimos, aparece como un paraíso terrestre, mientras que nosotros mismos lo consideramos como una especie de atrio sagrado, por el que entran inmediatamente en la celestial Jerusalén.

Horrible es la suerte reservada en Dahomey al esclavo enfermo. Cien veces he presenciado escenas desgarradoras que son oprobio de la humanidad.

Apenas uno de estos infelices esclavos queda inútil para el trabajo por su avanzada edad ó sus dolencias, ya se le considera como una carga gravosa de la que conviene deshacerse. Relegado á un rincón de la cabana sobre mísera estera, queda allí completamente privado de aire y de luz. Cubierto de llagas, extenuado de debilidad, pereciendo de sed en una atmósfera sofocante, no recibe otros cuidados que el de un muchacho que le lleva el alimento (un poco de harina de yuca desleída en agua fría). Si le faltan fuerzas para llevarse la comida á la boca, muere de inanición, con gran contento de los que así se desembarazan de él.

Algunos amos crueles hacen transportar sus esclavos enfermos al otro lado del río, donde no tienen otro alimento que raíces y frutos silvestres, y cuando ya no pueden moverse se tienden en la maleza, esperando una agonía sin consuelo ni esperanza. Después de su muerte, únicamente los animales carnívoros se encargan de su sepultura.

Como se comprende, hago todo lo posible para remediar tales horrores: visito los mercados y las chozas, y recorro los caminos procurando descubrir á alguno de esos infortunados para prodigarle consuelos y sobre todo salvar su alma.

Esto me ha movido, á pesar de la extrema pobreza de mi Misión, á fundar un pequeño hospital. Todo el ajuar se reduce á algunas esteras por lecho, y á los utensilios de primera necesidad aun para el negro, tan poco exigente en materia de comodidades: el alimento y vestido guarda proporción: basta decir que el sustento

de uno de mis acogidos no excede, cosa apenas creíble, la suma de un franco y medio por semana. Con algunos recursos pudiéramos recoger y enviar al cielo centenares de infelices. Con frecuencia, en efecto, su estancia entre nosotros no excede de ocho á quince días, y no nos dejan hasta haberles entregado pasaporte para otra patria mejor. Conmueve ver la atención con que esos desheredados de las satisfacciones humanas escuchan la palabra consoladora que hace lucir á sus ojos la aurora de una dicha eterna.

Apenas han recibido la instrucción indispensable piden con instancia «el agua maravillosa que lava las almas.»

Grande es el gozo que embarga el corazón del misionero al abrir de esta suerte las puertas del cielo á esos seres privilegiados.

La gracia divina parece iluminar la inteligencia de nuestros queridos neófitos é inflamar sus almas. Nada más edificante que el espectáculo de sus postreros días. Multiplican los actos de fe, esperanza y caridad. Recuerdo que una negra hizo la señal de la cruz hasta que su mano, rígida por la agonía, rehusó obedecerla, y aun entonces sus moribundos labios repetían: «En el nombre del Padre, del Hijo, etc.»

A aquellos que recobran fuerzas y curan, nuestras buenas Hermanas les enseñan algún trabajo fácil: entonces les damos mayor instrucción catequística. Sus días transcurren dichosos, y complácense en repetir á los paganos:

—¡Oh, cuán buenos son los blancos! ¡Envían de Europa buenos vestidos y dinero para mantenernos á nosotros, pobres negros! ¡Oh, que Dios les recompense!

Sus ejemplos y palabras son con frecuencia tan eficaces, que no es raro ver á todos los miembros de la familia en que han vivido, subyugados por el ascendiente irresistible de la caridad, convertirse á la Religión divina que de esta suerte enseña á practicarla.

Los pobres ancianos desean con tanta ansia acogerse á nuestro hospital, que los que se ven privados del uso de sus piernas, vienen á nosotros arrastrándose por el suelo como pueden. ¿Cómo resolverse á despedir á tales suplicantes? Y sin embargo, ¡cómo asistirles en nuestra extrema penuria! Por mínimos que sean los gastos, hay que cubrirlos, y sólo las almas piadosas pueden proporcionárnoslos. El mantenimiento de un anciano no cuesta más de ochenta francos al año, y la mayor parte no pasan seis meses á nuestro lado. Así algunas monedas son suficientes para rescatar un alma inmortal y atraerse inefables bendiciones.

COLOMBIA

Un nuevo lazareto confiado á los Salesianos

El R. P. Evasio Rabagliati, Pbro., escribe desde Bogotá el 12 de Noviembre de 1897 al Rmo. Sr. D. Rúa:

EL 9 de Septiembre último acompañado de nuestro querido hermano D. Alejandro Garbari y de un clérigo de Fontibón, salí para Santander con el objeto de dar una Misión á los numerosos leprosos que

habitan en el lazareto de Contratación, y de establecer una casa salesiana, que en el sucesivo atiende á las necesidades de aquellos infelices.

Increíble número de leprosos.—Triste primicia de Colombia.—Tres lazaretos.—Dolorosa impresión que origina la primera visita á un lazareto.

Difícil sería dar una estadística exacta de los leprosos que viven en Colombia, pues varias veces intentó el Gobierno formar un censo, sin que al presente haya obtenido un resultado satisfactorio. No obstante, con los datos más ó menos exactos que desde hace tiempo vengo procurándome, he podido formarme una idea del número verdaderamente increíble y del lamentable estado de los leprosos, y de la urgentísima necesidad de que el Gobierno colombiano oponga un eficazísimo reparo á esta plaga, que amenaza convertir á la república en un inmenso lazareto. En Agua de Dios, lazareto situado á pocas leguas de la capital, existen en la actualidad 1,050 leprosos; cifra que pone miedo si se atiende á la clase de enfermedad de que se trata. He sabido que el inolvidable y célebre P. Damián no llegó á tener nunca en su lazareto de Molokay más de 500 leprosos; aquí se cuentan por miles. Y no se crea que los 1,050 leprosos de Agua de Dios representen la totalidad de los leprosos de Colombia, pues éstos no constituyen sino una mínima parte. El señor Gobernador de la provincia de Santander, que es una de las más ricas y pobladas de la república, hace algunos años que me aseguraba que no bajarían de 20,000 los leprosos diseminados por el territorio de su jurisdicción; y si bien es cierto que de las nueve provincias en que se divide esta república, la de Santander es la más castigada por la enfermedad, de suponer es que por pocos que haya en las otras provincias se aproximarán entre todas á unos 30,000, número de leprosos que en una nación como Colombia, que apenas cuenta con unos cuatro millones de habitantes, es más que suficiente para preocupar é infundir miedo aun á los más despreocupados.

Es cierto que en la India Oriental, y muy principalmente en la China, existen cien mil leprosos; pero si se tiene en cuenta que el número total de sus habitantes es de doscientos millones, se verá que no hay proporción ninguna entre la China y Colombia, y que por lo tanto ésta es la nación del mundo que cuenta mayor número de víctimas de la terrible enfermedad de la lepra. Y estos 30,000 leprosos colombianos ¿dónde y cómo viven? ¿En qué se ocupan?

Como ya he dicho, 1,050 habitan en Agua de Dios, más ó menos separados del resto de la población; cerca de 800 viven en el lazareto de Contratación, situado en Santander, y 60 en el lazareto de Caño del Loro, en una de las riberas de la gran Bahía de Cartagena. Todos los demás viven esparcidos por las diversas provincias de la república, en sus casas, con sus familias, y por lo tanto en constante peligro de contagio.

Al segundo de los tres lazaretos mencionados nos dirigimos en el pasado mes de Septiembre para cumplir con una promesa que á los leprosos allí residentes les había hecho tres años hacía, esto es, de visitarlos con alguna más frecuencia, y de proporcionarles lo más pronto que me fuera posible un sacerdote salesiano que viviera con ellos y que les auxiliara en todo, como nues-

tro inolvidable P. Unia lo había hecho con los leprosos de Agua de Dios. Durante los tres años que han transcurrido hasta la fecha, se repitieron las súplicas y las instancias, tanto por parte de los enfermos como de las Autoridades civiles y eclesiásticas, á fin de que cumpliera con mi promesa, lo que no había hecho, no por falta de voluntad, sino por haberme visto obligado á comenzar las Misiones de los Llanos de San Martín, en donde tuve que ocupar el escaso personal de que por entonces disponía, sintiendo con toda mi alma no poder atender á la miseria y abandono de aquellos desgraciados, dignos de toda compasión y ayuda.

En honor de la verdad y para tributar el aplauso que merecen á las dignas Autoridades locales, tanto civiles como eclesiásticas, debo decir que siempre se han preocupado y atendido á las necesidades de los leprosos de aquel lazareto con la mayor solicitud. En mi primera visita á éste conocí personalmente al capellán, el cual sea por la mucha distancia, ó bien por tener que atender á otras parroquias de su cargo, no podía ir al lazareto sino una vez al mes para administrar los Santos Sacramentos; resultando que en este espacio de tiempo el que tenía la desgracia de morir se veía privado de la presencia de un sacerdote que en tan terribles momentos le ayudara á presentarse tranquilo ante el tribunal de Dios, endulzando su agonía con los inefables consuelos de nuestra santa Religión. Cada día, pues, se hacía más necesario que un sacerdote, haciendo el sacrificio de su vida, se decidiera á hacer vida común con aquellos 800 enfermos, segregados de la sociedad, para animarlos con su presencia, consolarlos con su palabra y administrarles los Santos Sacramentos tantas cuantas veces lo solicitaran; pero sobre todo, los asistiera en los últimos momentos de su vida. Esto era lo que desde hacía ya mucho tiempo pedían los hijos del dolor, y lo que finalmente se les ha podido conceder en el pasado Septiembre.

Fijóse el día de la salida para el 9 de Septiembre, y el 8, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, invitado á dar una conferencia á la Sociedad de San Lázaro, de Bogotá, me propuse por único tema de mi discurso hacer un llamamiento á la caridad de los asistentes, para que socorrieran por todos los medios posibles las muchos y continuas necesidades de los leprosos de Agua de Dios. Cuando me dirigía á la iglesia de los Padres Jesuitas, en la que debía celebrarse la reunión, una señora me entregó un sobre cerrado, en el que al abrirlo hallé un billete de banco de cien pesos destinados á los leprosos de Contratación. Aquello fué para mi una revelación, pues yo había pensado llevar á los leprosos solamente auxilios espirituales, y he aquí que aquella buena señora, que es una excelente cooperadora salesiana, me demostró con su ejemplo que éstos no eran bastantes, y que debía también llevarles algún socorro material.

Terminada la conferencia saqué del bolsillo el billete de banco, y lo mostré al público, diciendo el destino que se le daba, y añadiendo que para completar la obra tenía necesidad de varios billetes como aquél, para poder distribuir de esta manera algunos socorros á los leprosos, y darles un día de contento al acabar la Misión que debía predicarles.

No fué estéril mi exhortación: el día antes de mi partida había reunido mil trescientos pesos, que después se aumentaron, sirviendo de no poco consuelo á aquellos infelices.

Emprendí el viaje, que duró diez días, y que fué muy feliz para todos, no obstante los muchos peligros, tan frecuentes en los largos viajes, especialmente en América.

Hacía ya tres años que no veía á aquellos queridos leprosos, y fué una verdadera fiesta para todos el verme otra vez, no ya como la vez primera, sino acompañado de otros dos Salesianos que se quedarían á vivir con ellos. La entrada en un lazareto de leprosos causa siempre una grande y profundísima impresión, aun en los que están habituados á ver y tratar con alguna frecuencia á sus infelices moradores, impresión que es mucho más desagradable en quien por primera vez visita á un lazareto y no ha visto jamás un leproso. Es muy triste y pavoroso verse de improviso delante de centenares de personas de ambos sexos, de todas edades, unos con las manos y piés mutilados, otros con las caras rasgadas y cubiertas de llagas, éstos sosteniéndose á duras penas en pie, aquéllos arrastrándose por el suelo ó llevados en brazos por personas sanas; todo esto produce una impresión que hace conmover las más recónditas fibras del corazón y asomar á los ojos abundante llanto. Así le aconteció al P. Garbari al ver á alguna distancia el pueblo de Contratación, futuro campo de sus fatigas, al sentir las campanas de la iglesia que tocaban á fiesta y más que todo al descubrir el primer grupo de leprosos que venía á saludarnos; nuestro querido hermano dió un suspiro, conmoviéndose y empezó á llorar. Era natural; jamás había visto un leproso, y con la descripción que de ellos le había hecho yo durante el viaje, su fantasía se los había figurado deformes; pero al verlos después cara á cara conoció que sus imaginaciones no llegaban ni con mucho á la realidad, y de aquí el efecto violento que le produjo y que no pudo ocultar.

Lazareto de Contratación.—Traficantes del diablo.—Situación topográfica.—Pésimas y detestables condiciones

El lazareto de Contratación cuenta 62 años de existencia, habiéndose agrandado á medida que el número de enfermos aumentaba, contando en la actualidad con unas cien casas que sirven de albergue á cerca de 2,000 personas, pues aunque los enfermos no pasen de 800, el resto son personas sanas que acompañan á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos, á sus esposos, y algunas mujeres que sirven á los enfermos mediante una mezquina retribución. No faltan tampoco especuladores que viven de la infame y vil usura, aprovechándose de todas las ocasiones que se les presentan y que desgraciadamente no escasean. Hallé aquí á un italiano que había llegado pocas semanas antes que nosotros. ¿Qué venía á hacer aquí? ¿Quién lo sabe! En una visita que vino á hacerme, como no dejara de extrañarme su presencia en aquel lugar, le pregunté:

—¿Qué negocios lo han traído á V. por esta tierra?

—¿Qué quiere V., Padre? respondió cínicamente, he venido aquí á buscar fortuna.

—¿A buscar fortuna al lugar del dolor! ¿Buscar for-

tuna en donde la miseria y llanto tienen su habitación!

—Ya veremos, Padre, ya veremos; si no la encuentro aquí iré á buscarla á otra parte.

Como éste, no son pocos los que van al lazareto para hacer fortuna, aprovechándose del lastimoso estado de los infelices leprosos. ¡A cuántas miserias y bajezas no obliga á los hombres el *auri sacra fames*!

El lazareto de Contratación está situado á jornada y media á caballo de la ciudad del Socorro, capital de la provincia de su nombre. No se podía haber escogido peor sitio en todos sentidos. Los que padecen de la lepra tienen necesidad, para hacer más llevadero su incurable mal, de un clima ardiente y seco como lo es, por ejemplo, el de Agua de Dios: en Contratación el clima

sus males presentes y futuros, lo que no pocas veces les precipita en la desesperación. Nada de todo esto tan conveniente y necesario posee el lazareto de Contratación. Está edificado sobre una elevadísima montaña, cuya subida es cansada y molesta aún para los que gozan de buena salud: sus alrededores carecen de toda vegetación, y el terreno que ocupan los enfermos es muy reducido.

Para muchos de éstos que se hallan todavía en el primer período del mal, no les es nocivo ni molesto el trabajo material, que les proporcionaría un bien tanto moral como materialmente, y sería un tesoro inestimable si se pudiera lograr un pequeño terreno contiguo al lazareto, donde pasaran algún tiempo del día distrayéndose y cultivando cualquier cosa que fuera útil, para



NUEVA GUINEA.—Trabajando entre los paletuvios. (Pág. 230)

es casi frío y muy húmedo, lo que contribuye mucho á agravar los sufrimientos de estos infelices. El baño, que es una necesidad para estos enfermos, no sólo para calmar un poco el ardor y la irritación que esta enfermedad produce, sino también para la esmerada limpieza de las personas, son muy contados los que lo toman con frecuencia; de aquí el que, principalmente en la iglesia, se perciba un hedor insoportable, no sólo de las personas enfermas, sino también de las que están con ellas en continuo roce. Los leprosos tienen necesidad de distraerse dando paseos amenos y con otras diversiones inocentes, siendo también muy útil que el lazareto tenga un espacioso huerto con árboles, ya para purificar la atmósfera, como para ofrecer trabajo á los que aún pueden trabajar, sacándoles así del estado de pereza que los consume, y les deja sobrado tiempo para pensar en

cuando el Gobierno provincial no enviara á tiempo el socorro que les tiene asignado; pero desgraciadamente nada de esto es posible á causa de las malas condiciones climatológicas y de la esterilidad del terreno que circuye al mencionado lazareto. De aquí que cuando el Gobierno se retrasa algún tiempo en enviar las quince mil pesetas que semanalmente tiene asignadas para la alimentación de los enfermos, sobrevenga el hambre con todos los horrores.

La montaña sobre la cual está situado el lazareto es tan elevada, que para subir á su cumbre se precisa bastante tiempo, y esto aun haciéndolo con un buen caballo: si se sube con la fuerza del sol, tanto el caballo como el jinete llegan arriba más muertos que vivos.

Después de diez días de viaje llegamos á nuestra meta el 19 de Septiembre sin ningún incidente digno de

mención. No se puede decir la inmensa alegría de aquella buena gente al vernos entre ellos. Yo creo que era ésta una de las pocas veces que la alegría asomaba á aquellos rostros llenos de llagas, y en los que siempre se ve pintada la tristeza. Exceptuando á los que por su gravedad no podían dejar la cama, todos salieron á nuestro encuentro para darnos la bienvenida.

Sagrada Misión interrumpida por el hambre.—Socorros de la caridad

La misma tarde de nuestra llegada se dió comienzo á la santa Misión; pero á consecuencia de un inconveniente bastante grave hubo que interrumpirla á la mañana siguiente. Hacía tres semanas que el Gobierno no mandaba dinero alguno al lazareto, debido á dificultades del momento, por lo que el ayuno empezaba ya á degenerar en hambre y desesperación.

—¿Cómo podremos hacer bien los ejercicios espirituales con esta hambre que nos devora? me decían aquellos infelices: voluntad no nos falta; pero estamos tan débiles que desfallecemos.

Y no les faltaba razón; si no se ponía término á esta penosa situación, la Misión era imposible. Yo tenía en mi poder la limosna que me habían dado los católicos de Bogotá para que en el último día de la Misión se la repartiera á los leprosos; pero viendo las circunstancias en que los infelices se hallaban, cambié de resolución, y reuniéndoles á todos en nuestra casa al toque de la campana, les distribuí según la necesidad de cada uno los socorros de que disponía, que fueron para ellos como maná llovido del cielo. A los enfermos más graves obligados á guardar cama fui yo mismo á llevarles su parte. Remediada por el pronto esta necesidad, pudo continuar la Misión, que produjo excelentes y consoladores resultados, pues durante los diez días que duró se acercaron á recibir los Santos Sacramentos 1,500 personas, es decir, casi el total de las que componen la población. Las Autoridades del lazareto fueron las primeras en dar el ejemplo, siendo puntuales en asistir mañana y tarde el sermón y en acercarse á los Santos Sacramentos.

Réstame ahora dar aquí público testimonio de agradecimiento al virtuoso sacerdote D. Sixto Gómez, curapárroco de Simacota, el cual invitado para que nos ayudara en la Misión, no obstante las muchas ocupaciones de su cargo y el consiguiente temor que le ocasionaba el pensar que tenía que encerrarse por diez días en un lazareto, aceptó la invitación, y durante días enteros y gran parte de la noche estuvo confesando, sin adoptar otras precauciones que las que la prudencia aconseja en semejantes casos. A este celoso sacerdote é insigne cooperador salesiano se debe en gran parte el buen éxito de nuestra Misión.

Son indescriptibles las conmovedoras escenas que se desarrollaron durante aquellos días. Como no todos los leprosos podían ir á la iglesia por su propio pie, eran llevados en brazos por los menos imposibilitados, ó bien sentados en sillas ó angarillas; tal era el entusiasmo que entre todos ellos reinaba para asistir á todos los actos de la Misión. *Deo gratias!*

Antes de terminar, permítame, amado Padre, que le pida una gracia que espero no me ha de negar; y es

que quedando en Contratación un solo sacerdote y un solo clérigo, y tardándose para llegar allá siete y hasta diez días en tiempo de lluvias, sería convenientísimo para cualquiera eventualidad que otro sacerdote fuera á compartir el trabajo y las penas con el que hay ya, pues de este modo pudieran animarse y asistirse en sus mutuas necesidades. También sería conveniente enviar otro clérigo para la escuela de niños y la fundación del Oratorio festivo; pero para esto se puede recurrir al noviciado de Fontibón, donde todos los clérigos allí residentes piden con insistencia ser enviados á aquel lugar de sacrificio; de lo que hay necesidad, y necesidad apremiante, es de un sacerdote; mándenle pronto, amado Padre, que sirva de alivio á aquellos pobres de Contratación.

Y ahora, amado Padre, roguemos continuamente por los Salesianos que sacrifican su vida en los lazaretos de Agua de Dios y Contratación, á fin de que no sean un día presa de la terrible enfermedad, pues aunque tomen las precauciones que la ciencia y la prudencia aconsejan, no están libres del contagio: el P. Damián y el sacerdote que asistía antes á los leprosos de Contratación perecieron víctimas de la lepra. ¿No puede ocurrir esto mismo á los Salesianos? Roguemos, pues, por aquellos queridos hermanos nuestros que á tanto peligro exponen su preciosa vida. Encomendémosles al Señor y á María Auxiliadora para que los libre de tan terrible enfermedad, y entre tanto, amadísimo Padre, recomiende esto mismo á todos los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y jóvenes á su cuidado confiados, á los cooperadores y cooperadoras, á fin de que todos unidos alcancemos del Sagrado Corazón de Jesús esta importantísima gracia.

CHILE

Portenir de la mujer araucana

De una carta de un misionero franciscano, fechada en Angol el 25 de Octubre de 1897, extractamos lo siguiente:

ESTÁ manifiesta la gracia de Dios en la conversión y civilización de la mujer araucana.

En las dos niñas indígenas que ingresaron este año como alumnas de la Escuela Normal de la Serena, hemos visto visiblemente el poder de la gracia de Dios, arrancándolas de la corrupción en que viven las indígenas que no han recibido la fe católica.

A tres leguas de Angol hay una Reducción indígena llamada Tharulemu (bosque del traro): allí vivía Juana Francisca Paillalef (espalda ligera): era huérfana de padre y madre, y tendría quince años de edad: apenas hablaba una que otra palabra de nuestro idioma: no era cristiana.

Esta niña era hija única y descendía de una familia de guerreros araucanos. Su padre falleció en Lumaco con la lanza en la mano, según me han contado otros indígenas, el año 81, en la última sublevación de las tribus araucanas.

Estando huérfana la recogió un pariente, en cuyo hogar creció. Cuando ya tenía catorce años, edad fatal para la mujer araucana, porque ya debe contraer matrimonio, el pariente quiso desposarla. Mas ella no aceptó ese compromiso.

Digamos de paso que la mujer araucana se casa con el hombre que le designan sus padre ó tutores. Se casa sin afecciones, sin tomar en cuenta lo que es hogar, familia, etc. De ahí viene el estado humillante en que vive la mujer araucana que no es cristiana.

Cerca de esta Reducción vivía un matrimonio cristiano chileno. La señora quería mucho á Juana Francisca por su carácter angelical.

Le contó la difícil situación en que se encontraba.

La señora le propuso traerla ocultamente al colegio de Santa Ana, lo que efectuó entre gallos y media noche, á fin de que los indígenas no se apercibieran de este acto. Así sucedió.

La superiora la recibió con los brazos abiertos, y le prodigó toda clase de atenciones. Volvióse la señora á su casa después de haber salvado de la desgracia á la pobre niña indígena que nos ocupa.

A los pocos días después, vinieron al colegio de Santa Ana muchos indios á preguntar si tenían de alumna á la niña perdida. La intención que tenían era llevarla á viva fuerza.

Apercibióse la niña indígena de las diligencias que hacían para llevarla. Mas ella postrada en tierra, suplicaba á la superiora que la ocultara, y que jamás quería irse. En esta disyuntiva, la superiora, viendo el enojo de los indígenas, les dijo: que sin orden judicial no podía dar el nombre de las alumnas que se educaban en su convento.

Al mes siguiente recibía el bautismo solemne en nuestra iglesia misional, ante un público numeroso, sirviéndole de padrino el respetable caballero D. José Benito Alarcón y en representación de su señora esposa, la reverenda Madre superiora del colegio de Santa Ana.

En el año y meses que estuvo en este santo asilo jamás dió que hacer, mostrándose amable, obediente y piadosa.

Por estas recomendaciones fué admitida como alumna en la Escuela Normal de la Serena.

La misma cosa sucedió con la otra alumna de la misma escuela, Antonia Huenuvil (serpiente del cielo).

Esta niña nació en Pithufquen (tuvo grano), es hija de un comerciante indígena, hombre duro y tenaz de carácter, como son los araucanos.

En uno de los viajes que hacía á Nueva Imperial por asuntos comerciales, conoció á la distinguida Sra. doña Jesús Iriarte. Esta señora, deseosa de la civilización araucana, le pidió una hijita para educarla. A su vuelta se la trajo, cuando tenía sólo ocho años.

La puso en la escuela de Imperial, en donde aprendió las primeras letras.

Viéndola grande de quince años quiso llevarla con el objeto que hemos referido anteriormente. La señora Iriarte supo educarla en el santo temor de Dios, y para preservarla del pecado la trajo al convento de Santa Ana, contra la voluntad de su padre, que es infiel y no ha querido abandonar la poligamia. Su hija le pidió por amor á Dios que se hiciera cristiano, y que entonces se iría con él; pero jamás ha querido abandonar la pluralidad de mujeres.

Hizo varios viajes á Angol, pero la niña Antonia

siempre resistió los halagos que le ofrecía, á no ser que tuviera ella la libertad de frecuentar los Sacramentos y vivir conforme á la ley de Dios.

Con ejemplos parecidos á los que narramos podríamos llenar muchas páginas.

Hay hechos que manifiestan la gracia, el poder y la bondad de Dios, llamando á tiernas niñas araucanas á la soledad del claustro para que aprendan á amar y á servir á Dios.

Estamos convencidos que estas niñas araucanas que se están educando en la Escuela Normal de Preceptoras de la Serena, harán honor á su sexo y traerán á la mujer araucana las luces de su inteligencia para disipar errores, establecer la verdad, y tributar á Dios el culto que le corresponde.

DÁVAO (Filipinas)

Conversión de los moros del seno de Davao

El R. P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, escribe á su reverendo Padre Superior:

SIN más que poder decir que así lo quiere Dios, los guiangas se van convirtiendo, pero *piano piano*, que apenas van 300 bautizados. Pero en cambio de la pesadez de éstos, el Señor nos está consolando de un modo singular dándonos su virtud de lo alto para manejar á estos pobrecitos. Entre moros, bagobos y guiangas, de la otra carta acá sólo en Davao he bautizado 500, y sucediendo cosa muy singular. Este día al salir de Misa, en comisión han venido los magnates de Santa Cruz, de Astorga y Daliao, queriéndome llevar, quieras que no, á visitar á su pueblo y cosechar sazónada miés.

¿Quién deja de acceder á cosa tan apetecible? El señor gobernador nos ha venido á acompañar, convidado por estos pueblos, que respetan y quieren á este señor, que no hace sino bien en todos conceptos.

¡Qué recibimientos tan singulares al estilo del país! Llenábanse de gentío los puntos de desembarcar, y de que nos veían llegar á ellos con frágil barca porque otro medio mejor de andar no le tuvimos, el aire se henchía de vítores. Gallardetes y banderolas y grandes grupos de gentes formaban un cuadro indescrptible. En la visita he bautizado, presenciándolo el señor gobernador, 827, entrando moros y tagacaolos, guiangas y no sé cuántos bagobos. En Santa Cruz han asesinado á uno que venía al pueblo para bautizarse, saliéndole unos bárbaros muy alejados de la vida social y de estas playas. *Sine effusione sanguinis nulla est redemptio*, y esto sin duda ha hecho que Dios nos dispusiera la cosa, para que ella saliese á maravilla. En todo esto ha de ver V. R. la poderosa influencia del poder de Dios Nuestro Señor en primer lugar, y después la unión de miras que llevamos este señor gobernador y yo, teniendo por diversos caminos que encontrarnos en un mismo fin. Esto lo atisba esta gente y esto lo admira, y de esto se complacen. Así es que todos toman parte de consuno, ayudando que se preste buen oído á lo que se dispone. Para la conversión de los guiangas han ayudado grandemente Aniceto Bustamante y el intérprete del Gobierno Suaro, que valen para esto mucho, teniendo el Aniceto

tanta influencia sobre ellos, que es mirado verdaderamente como un dato. El tiene dominio sobre Maclá, que así que Aniceto ha dispuesto y preparado el terreno, todo se ha conseguido.

El negocio de los moros ha sido sorprendente. El dato Timan de Darán se presentó primero que los demás; convencimos al de Madaim; y en este negocio de moros ha pasado como con los sámales, entregándose nos panditas y datos, como V. R. va á ver si quiere, con gran sorpresa, en esos Coranes, hojas sueltas y oraciones arábicas, de que ellos se han desprendido, y yo se lo envío á V. R.

A estas horas gusto da, cómo van los pueblos que forman los moros. Y niño hay de ellos que sabe ya las primeras oraciones. Tiene V. R. en los mil y tantos mahometanos bautizados buen espíritu relativamente y buenas disposiciones para perseverar. Forman los pueblos Oyanguren, Alberique, Morella, Cristina, Calatrava y otros que seguirán, ayudándonos Dios Nuestro Señor á los misioneros que nos hemos echado con fe y confianza á convertir moros, esperanzados en los auxilios del cielo.

En la catequización del moro no ha habido que recurrir á otras cosas diferentes de las que usamos con los otros infieles. La morería, creen algunos que es cosa que está al mismo nivel que el Cristianismo, que tiene fe y culto, y para esto último y para lo otro panditas y libros; pero ni saben lo que dice el Corán, ni para qué ellos se hacen moros ó se bautizan á lo moro, ni por qué no comen cerdo.

Hase llenado, con este movimiento cristiano, esta cabecera de moros, habiendo días de bautizar 127 de un tirón, que después mezclados con los bisayas y vestidos á lo bisaya, dándoles yo vestido, daba gusto verles. Sobre la poligamia de estos moros no hay tantos que la usan, porque sólo algún rico ó dato ó pandita tiene dos, casi ninguno tres mujeres.

Este señor gobernador y yo hemos querido levantar el recuerdo del letrado Oyanguren, que en 1848 apareció aquí venciendo al dueño del seno el moro, que entró domado al yugo puramente civil, y ahora va recibiendo el de Jesucristo. Loado sea Dios. Amén.

He estado río arriba, río abajo, y en verdad que no estoy sino muy contento, pidiendo al Señor, que de piedras hace hijos de Abraham, que les dé mucho juicio á estos moros.

Lo sorprendente también es que grupitos de varios se nos presentan procedentes del Tagum é Hijo, donde los mandayas han movido alguna alteración en los pueblos de reciente formación, donde son todos infieles. Estos moros de que hablo, dejando los ríos Tagum é Hijo se colocan en Calatrava con mucho gusto, y van plantando casa duradera, que es buena señal. El moro de aquí tiene que es de suyo muy perezoso y explotador de los infieles. Si le despertamos su amor propio haciéndoles activos, nos van los reducidos á transformar en bien el distrito.

Ellos tienen alguna mayor perspicacia que los demás infieles. Ellos ahora se rodearán de mayores necesidades, y con ellos, si Dios quiere, va la agricultura á mejorar. Es de sentir verles cómo se les pasan días enteros, echados boca arriba sin moverse, sino es para

apretarse el estómago, como si le castigaran por sus voces pidiendo alimento. Acostumbrados á vivir del infiel vendiéndole cuatro trapos, que fabrican las pesadas manos de sus esposas, no siembran ni plantan.

En nuestras entrevistas, ahora que por fuerza se nos han de acercar, tenemos ocasión de decirles la verdad clara y desnuda, sin usar callejuelas, rodeos y empaños, declarándoles las leyes de bien vivir, en las tres relaciones que atan al hombre con Dios, con sus semejantes y consigo mismo. Ya nos van oyendo ellos sobre los deberes que les encadenan y determinan como hombres, que no pueden ahora correr como el macho ó el ciervo por esas playas y montes.

Antes era otra cosa, porque ó se nos escondían, ó si se presentaban se les figuraba que nos cerraban la boca, diciéndonos que ellos tenían libros, panditas, iglesias y todo lo requerido; que eran un pueblo ó nación; que nos dedicáramos á los infieles, que pertenecen á los que nada propio y constitutivo de pueblo organizado tienen.

Pero se ha visto que los moros son como los demás hombres y razas del mundo: domíneseles, conozcan la ley de Jesucristo, entiendan que la voluntad de sus vencedores es que se hagan cristianos, vean el ejemplo, y sin violencia se convertirán en masa. Hay leyes en la naturaleza física y moral indefectibles, y éstas dicen que la inferioridad es vencida por la superioridad; sobre todo cuando se trata de tal inferioridad, como es la del moro y todas sus cosas, en las situaciones por las que desde Magallanes, Legazpi, Corcuera, Urbisondo y Clavería ellos atraviesan, que es de pobre conquistado á quien no se les deja mover ni un paso á su albedrío.

El día que estén bien puestos y sosegados, visitados de misioneros, que tengan cerca de sí cristianos veteranos y pueblos bien formados, apostaría yo doble contra secillo que en aquel punto y momento, en lo de venirse á la Religión cristiana, se verán cosas admirables y que hoy día muchos morófilos no creen. Esto vemos en Dávao, en que estamos en plena conquista de la media luna.

Captémonos su buena voluntad y que nos respeten, y luego se vendrá lo demás á todo correr. Así que yo, hace dos años, vi lo qué eran y representaban y del modo que procedían, pensé que estaban muy preparados ya para Dios, el tiempo y otras circunstancias, nacidas de ellos y de los que se les juntaban, casi en sazón y punto de pedir el bautismo.

Es verdad que no se puede negar aquí lo bien que va todo, porque españoles aquí establecidos y con mucho y frecuente trato con ellos, que tienen sus haciendas junto al pueblo Cristina, nos han ayudado mucho.

Entretenido con tanta consideración como lo de los moros me ha sugerido, casi no le he dicho á V. R. nada de los bagobos. ¡Ah, Padre Superior! Que V. R. no puede pensar lo que vamos á obtener con haberle dado el Señor un empujón al bendito bagobazo, que así le llamo yo viéndole tan rudote en sus costumbres, no obstante lo ladino é inteligente que es, mereciendo él y el guanga muchas clases de distinciones de los bisayas y de las otras razas. El pobre tagacolo va ya de capa caída en estas cercanías, pero desde Malalag aba-

jo y por dentro de la selva los hay á granel, y tan desavenidos entre sí que se están exterminando. Este día bauticé á un jovencito, que ha quedado en cuadro, escapándose de una soberbia embestida que acabó con toda la gente de una casa menos con él, y no es éste, aunque malo, el peor azote; se les viene el otro del hambre, y á dos por tres se mueren de tal enemigo muchos, que da sentimiento.

Poco á poco, que no es poco lo que esto está ocupando á los misioneros de este seno, que yo le digo que sin falta á todo se atenderá con el favor de Dios nuestro Señor.

Yo voy á Malálag así que acabe el mes presente, y por Balutacay, Padada y otros puntos hemos de abrirnos camino por la playa y por la selva y montes. Al

á V. R. que van mil pesos gastados en ropas y otros gastos de pura atracción. Y eso que nos faltan imágenes, campanas y otro efectos para el culto de estas Reducciones. En lo que pido con gran encarecimiento que V. R. tome interés, es que se nos atienda en recompensar á los maestrillos que irán á estos pueblos; y aunque sean simples doctrineros, nos han de servir grandemente al negocio y labor de consolidar estas cristiandades. Padre Superior, diga V. R. lo que se hace á S. E. Yo lo he escrito á Madrid para que el Padre Procurador lo sepa.

¿No es España tan buena y acertada en lo de colonizar á lo cristiano español? Y ¿no es reconocido por todos, que el primer paso es la enseñanza? ¿Cómo vamos aquí á introducirla sin maestros y auxiliares? ¿Es



LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR. (Pág. 239)

interior se ha de ir, que aunque es difícil, el misionero irá y tres más, si Dios quiere. Tribingoy, Sibulan, Miral y encima de Santa Cruz son puntos ya tomados y aunque nacientes, ya verá V. R. cómo nos van á llevar á donde nosotros no pensamos, y cuenta que esto todo pertenece el Norte; que ¡¡vamos al Sur!! allí ya sabe V. R. lo que con bilanes, manobos, sanguiles, taga-caolos y calaganes se nos espera. Y si volvemos nuestros ojos á las dilatadísimas cuencas del Tagum, Salug, Libagnon, Hijo, Moab y Manat, ¿quién no ve en ello las puertas que el Señor nos tiene abiertas tiempo ha para desahogo del celo evangélico, para que las Autoridades españolas tomen interés, y las almas buenas nos atiendan en nuestro pedir oraciones y socorros? Que envíen de España, que todo nos vendrá bien. Lo que hemos recibido de Barcelona, ó mejor, lo que á nosotros nos ha tocado, nos ha ayudado, pero yo he de asegurar

posible que por estos montes y collados, donde tenemos Guernica, Orán y Garellano, ni por valles y ríos como el Tagum y el Hijo, donde tenemos comenzada la conquista civil por entre aquellas razas salvajes, y en una extensión de 150 millas de costa, cuyas playas están llenas de pueblos; es posible, digo, que los misioneros puedan acudir á tanto, no teniendo quien viva en los pueblos nuevos, enseñando lo qué es Dios, el hombre, la patria y lo qué es leer y escribir? Padre Superior, por Cristo Nuestro Señor, su benditísima Madre la Virgen María, que nos señalen ocho pesos mensuales para cada maestro en cada Reducción. Y esto bastará por ahora para la enseñanza que aquí se dará, que claro está, ha de ser algo reducida, pero sólida y de buena ley, porque á los párvulos leche y no otra cosa se les ha de dar.

UN CAPÍTULO DE LA ETNOGRAFÍA

DE LOS BIRMANES KARINOS

POR EL R. P. B. BRINGAUD, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

III

La muerte entre los karinos

NADA ha podido contener los progresos de la enfermedad: impotentes han sido los médicos, los genios y las últimas supersticiones de la familia reunida. Llegó la hora; el destino lo ha juzgado así, y hay que morir, partir, «volverse», dicen los karinos. Empieza la agonía, todo el mundo llora, y los más débiles se retiran. Ocúltanse los niños, pues el *tha*, la sombra del moribundo, pudiera apoderarse de ellos y llevárselos consigo.

Para desembarazar la vía y facilitar la partida del alma, apartan con un bambú el follaje del techo de la casa, y si éste es muy alto lo agujerean. Si lo juzga á propósito, pasa por allí el alma; pero puede á su voluntad tomar la puerta, las ventanas ó cualquier otra salida.

Los karinos creen en la inmortalidad del alma y esperan la resurrección. Creen asimismo que las personas muertas sin haber cometido faltas graves, pueden volver á la tierra y animar nuevos cuerpos. El alma tiene que hacer antes de este renacimiento un convenio con su Criador. El compromiso que toma está escrito en el hueso frontal: nada puede variarse en él; todos los actos de su vida sólo serán el cumplimiento de él; y haga lo que quiera, la muerte sólo llegará en el día indicado.

Antiguamente, dicen los karinos, nadie moría en su país; pero habiendo abandonado á Dios, que los colmaba de beneficios y les nutría casi sin hacer nada, y habiendo dado oídos al demonio, quedaron sujetos á la muerte. Arrepintiéronse, sin embargo, y clamaron á Dios pidiendo misericordia. El Señor compadeciéndose de ellos, y les concedió un medio para resucitar. Consistía en envolver el cadáver en hojas de plátano, y cuando habían amarilleado, el difunto volvía á la vida al cabo de siete días.

El demonio Mulrauli, envidioso de su dicha, propúsose engañarles.

—Vuestro Dios no obra lealmente con vosotros, les dijo. No es esto lo que hay que hacer para recobrar la vida: atendedme, y resucitaréis, no al séptimo, sino al tercer día. Cavad un hoyo profundo, depositad allí el cuerpo, cubridle de tierra, y cerradlo con una gran piedra. Esta se volverá amarilla, y la persona así enterrada resucitará á los tres días, despertando como de un largo sueño.

Dando crédito al astuto tentador, hicieron lo que les indicaba, pero la piedra no amarilleó jamás, y desde entonces los muertos ya no resucitan.

IV

Los funerales

Los funerales debieran celebrarse el séptimo día después del fallecimiento, pero raras veces se observa esta

costumbre. Sólo cuando ocurre la muerte después de la cosecha, en Febrero y Marzo, ó antes de las lluvias, se hace desde luego el entierro solemne. En la mayor parte de los casos aguardase una época favorable para reunir á la familia y dar más pompa á la ceremonia.

Entierran el cadáver provisionalmente y casi sin ceremonia alguna, en un cementerio común. La huesa es poco profunda, dos ó tres piés solamente; pero la cubren de malezas y espinos, para impedir los ataques de los perros y los cerdos.

Cerca de Mittagón había á mi llegada un cementerio de este género, que tuve que trasladar á otra parte por precaución, pues la poca profundidad era causa de que los cadáveres exhalasen miasmas fétidos muy peligrosos.

Cuando queman el cadáver, fácil es figurarse lo que sufren los vecinos con tan horrible operación.

A veces ocurre cosa peor. Creyendo los karinos que el alma del difunto puede necesitar algo para dirigirse al *plu*, depositan en el hoyo dinero, vestidos y otros objetos. Los birmanes nunca han temido al karino vivo, y menos aún después de muerto; así es que acuden ladrones durante la noche, á profanar las sepulturas para arrebatarse todo lo que tiene algún valor, dejando el cadáver enteramente desnudo. A veces he debido disponer se echase tierra sobre cuerpos en descomposición, exhumados de esta suerte. Al prefecto del distrito le mostré una fosa vacía, junto á la cual se veían huesos dejados por los perros.

En el terreno concedido por el Gobierno inglés para el establecimiento de la Misión, había un árbol sagrado, un baniano (*Ficus indica*), bajo el cual los khienos del pueblo vecino quemaban sus muertos. Les indiqué que podían escoger otro, en sitio algo más distante, pero como desoyeron mis observaciones, me vi obligado á derribar el árbol, cuya sombra hubiera querido conservar. Tuve que dar por mí mismo los primeros hachazos, pues nadie se atrevía á tocarlo, á causa de los genios protectores cuya venganza temían.

Otro medio hay de conservar los muertos hasta el día de los funerales solemnes, y he debido adoptarlo para aquellos de mis cristianos que tienen que diferir el entierro de sus parientes. Consiste en cortar un árbol en el bosque vecino, separando de él un tronco de siete á ocho piés de largo, que vacíen lo suficiente para dar cabida al cadáver. Luego lo cierran lo mejor posible con una tabla clavada, calafateando con cemento las rendijas. Colócase este ataúd, tan sólido como económico, en el cementerio si está lejos de las habitaciones. En caso contrario, constrúyese una choza más distante en el bosque, y allí la depositan en una altura fuera del alcance de los animales salvajes y domésticos.

Todo se prepara para la grande solemnidad, en el intervalo de la defunción y de los funerales. Invítase á los parientes, aun á los que viven á muchas jornadas de distancia, y á los conocidos y amigos.

Todo va cambiando desde la ocupación inglesa. Los ancianos que habían sufrido el yugo y la opresión de los birmanes, y naturalmente los detestaban, han muerto

ya, y poco á poco sus descendientes, olvidándolo todo, han fraternizado con sus antiguos enemigos y han adoptado sus costumbres.

La mayor parte de los karinos emplean el ceremonial birmán para los funerales. Construyen un catafalco elegante, en forma de pirámide cuadrada, de rico y variado dibujo. El monumento, de bambús y muy sólido, tiene tres metros de base por cuatro ó cinco de altura. En medio se deposita el féretro. Colocado sobre cuatro ruedas, se conduce solemnemente el catafalco al cementerio de la cremación al son de los tambores, de los batinines y de ensordecedora música.

Durante varios días con sus noches danse fiestas; representanse dramas y comedias; funcionan los títeres, y en los intervalos los tambores, las campanillas y los músicos divierten á los convidados. De todas partes acuden los parientes, amigos y conocidos, á los que se juntan los vagos y los pícaros. Las representaciones teatrales, especialmente de noche, son tanto más frecuentadas y aplandidas cuanto tienen de más ridículas é inmorales.

La familia, por acomodada que fuese, no podría cubrir por sí sola los gastos de estas saturnales, pues todo el mundo debe comer, y abundantemente. Cada cual, pues, contribuye á la fiesta con dinero ó algún regalo.

Esta manera de enterrar los muertos, estas fiestas y regocijos son muy populares. Uno de los obstáculos á la conversión de los birmanes, y también de los karinos influyentes y ricos, es este género de funerales indecentes, en el que la juventud frívola se desmoraliza.

Después de haber pasado dos ó tres días, á veces cuatro ó cinco, en divertirse y comer en torno de un cadáver, que á pesar de todas las precauciones exhala con frecuencia un hedor pestilente, la multitud le acompaña al cementerio.

Invítase á los *talapuinós*, quienes se presentan directamente desde su monasterio, no para hacer ceremonias ó cumplir los ritos, sino para asistir de lejos, presidir y recibir las limosnas que se les han destinado. Así vuélvense colmados de presentes: frutos, legumbres, candelas, utensilios y ropas, que pondrán en venta, sin haber hecho ni dicho otra cosa que recitar en *pali* algunos pasajes de los libros budistas, entre conversaciones, risas y bambús que estallan á guisa de petardos.

La mayor parte de los espectadores se dispersa con ellos, cada cual en dirección de su aldea ó de su casa. La fiesta está terminada, y nadie va á consolar al padre, la madre ó los huérfanos que permanecen en la habitación del difunto.

Los que quedan en el campo de los muertos, y que han atizado, removido el catafalco y la hoguera con largos bambús, recogen las cenizas y los huesos, que entierran allí mismo en un hoyo poco profundo. Ninguna mano pondrá en él un recuerdo, ni lo cuidará para nada. Creen que el alma del difunto irá á buscar, según sus méritos ó deméritos, un cuerpo en formación, de un ser humano ó de animal, para una nueva existencia, hasta que, purificada enteramente de sus faltas, vuelva á la nada.

Lo que acabo de referir práctico casi siempre el común del pueblo. Los ricos, empero, algunas veces hacen recoger las cenizas y construir en el cementerio ó en la entrada de un bosque un pilar ó pirámide, para tener ocasión de celebrar otra fiesta al terminar la obra.

Quemando los muertos, hállanse á veces en el cuerpo objetos que hacen atribuir la muerte á los demonios ó á sus cómplices, los brujos.

En una población pagana llamada Yewa, á donde fui hace más de veinte años, para predicar y proporcionarme en el bosque vecino árboles para la construcción de una escuela, pedí para mi instalación una casa abandonada. El dueño no tuvo dificultad en cedérmela, pero me advirtió que durante la noche la invadían los espíritus malos para hacer ruido: su mujer murió allí, y los funerales habían terminado la víspera.

—Los malos genios son también los que mataron á mi mujer, me dijo. Al quemarla ha salido de su corazón una saeta de bambú, de cuatro dedos de longitud, que la atravesaba de parte á parte. Todo el mundo ha podido verla: era de la especie del *waact*, y la madera estaba verde todavía.

Instaléme en la casa invadida, y á pesar de los malos genios dormí como de costumbre, despertado de vez en cuando por ratones y cucarachas.

Asombrados de que nada insólito hubiese turbado mi reposo, los infelices dijeron que tratándose del hombre de Dios los espíritus malos no se trevieron á atacarme. Después demolieron la casa, probablemente porque volvieron á oír ruido en ella.

El demonio tiene ciertamente gran poder sobre los hombres que se le entregan. Puede, por permisión divina, causar accidentes, enfermedades y la muerte misma. Los brujos de Birmania se atribuyen este poder. Viajando cierto día con uno de ellos, el P. Naude fué testigo de la muerte de un árbol. Como pusiese en duda el poder de su compañero, éste lanzó contra otro árbol una saeta hechizada. A su vuelta algunos días más tarde, el misionero pudo notar los efectos de la maldición del brujo: el árbol estaba seco.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO

DE BASUTOLANDA

POR EL R. P. PORTE, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

XIV

La ley.—Los juicios en el khotla

EL gobierno del país es absoluto. Estando en vigor la ley sálica, sólo los hombres pueden heredar el mando. Lerotholi, hijo del difunto Letsie, gobierna como jefe supremo á Basutolanda, asistido de los jefes de distrito, de los capitanes á quienes está encomendada la custodia de los valles, y de los jefes ó señores de aldea. El código es el derecho consuetudinario interpretado por los ancianos, y consignado únicamente en la memoria de cada uno. Al jefe corresponde trazar los límites de los campos, definir los derechos del común, y convocar á los hombres para tratar de los negocios públicos. El mismo es quien declara la patria ó el distrito en peligro y debe conducir su ejército. No



PENTECOSTÉS. (Pág. 239)

se le asigna retribución alguna, pero sabe hallar buena compensación en el ejercicio de sus funciones jurídicas.

El terreno pertenece á la nación, y es inajenable. Ningún mosuto puede vender, ni blanco alguno adquirir, una pulgada siquiera de terreno.

Sólo el jefe podía en otro tiempo inaugurar la estación de los frutos. Presentábanle la primera calabaza, y debía morderla, lo que se llamaba *Ho loma huitla* (Morder el otoño).

A los grandes *pitso*s de la nación que se celebran en Octubre, á orillas de un río, cada jefe acude al frente de su tribu.

El comisario residente de la Reina de Inglaterra aguarda bajo un toldo á los principales personajes.

El jefe se levanta y grita:

—*Pula!* (¡La lluvia!), y todos contestan:

—*Pula!*

—*Li khomo!* (¡Las vacas!), añade.

Y todos gritan:

—*Li khomo!*

—*Khotso!* (¡La paz!).

—*Khotso!* contestan.

—*Lumelang basuto!* (¡Creedme, basutos!).

Y todos, con voz formidable:

—*Rea lumela Morena!* (¡Creemos, jefe!).

Tal es la entrada en materia, la frase oficial para el discurso del trono. A estas aclamaciones, Peete acostumbra añadir:

—*Molimo a hu thuse!* (¡Que Dios me ayude!).

Y la multitud exclama:

—*Molimo a hu thuse!*

En un *pitso* todo el mundo tiene derecho de hablar, y todo mosuto, habiendo nacido orador, sabe expresarse en estilo florido, lleno de imágenes, que envidiarían muchos oradores civilizados. Cada cual emite libremente sus ideas.

El jefe puede mandar á un guerrero que detenga á los malhechores, ó que se asegure del cumplimiento de las órdenes y sentencias.

A las funciones de gobernador del país, el jefe cefre une las de magistrado ó juez. Un solo caso se reserva al Gobierno inglés, el de muerte. Todos los demás delitos los juzga el jefe en el *khotla* con sus hombres. Cada parte presenta sus testigos y sus abogados,

Todo crimen se considera un atentado contra la nación y una ofensa al jefe, de donde se sigue que corresponde á éste parte de las multas. Estas se imponen por toda clase de delitos, y la codicia de los capitanes y jefes hace que exageren la gravedad de la ofensa según la riqueza del culpable. La familia responde de cada uno de sus miembros, y el capitán de un valle, de los habitantes de sus diferentes aldeas. El hermano paga por su hermano, la población por un solo habitante, y con frecuencia todo un valle por una sola aldea.

No hay cárceles ni trabajos forzados entre los basutos. Los que merecen una pena rigurosa pueden ser enviados por los jueces indígenas al magistrado inglés; pero el caso es muy raro.

Según las leyes de la nación la cabeza de un hombre vale diez vacas. La importancia de los otros delitos



BASUTOLANDA.—Jóvenes esclavas yendo por agua. (Pág. 217)

no está sujeta á reglas. He visto pagar seis bueyes por el robo de una silla de cien francos, y diez terneros por un cerdo de dos años. Por tres hombres muertos y uno herido, el culpable sólo pagó treinta cabezas de ganado.

En los crímenes contra el orden general, la multa precede al juicio. En estos casos la gente del jefe apodérase del ganado mayor y de las gallinas, cabras y cerdos, siguiendo de cerca los delincuentes. Si en el *khotla* se declara que la ofensa es menos grave de lo que se había supuesto, se devuelve parte de lo recogido.

Así no es raro que hayan de lamentarse rizas que llevan la desolación á un pueblo.

Cierto día, habiendo tenido una reyerta los dos jefes inferiores de Ku-Vioro, acudió el jefe Mama con sus guerreros, y se apoderó de todo el ganado, que distribuyó entre los aduladores que se presentaron á felicitarle, enviando después algunos bueyes á su padre Letsie.

Este era tan malo ó peor que su hijo: así no es de extrañar que por faltas verdaderas ó supuestas ordenase contra muchos habitantes de los Malutis una expedición que le enriqueció con millares de cabezas de ganado mayor. Los capitanes y jefes de menos importancia aprovechan estas ocasiones para hacer su agosto. Por cada dos animales que se envían al jefe, bien puede quedarse otro por el camino. ¿Quién lo sabrá nunca?

Nada más curioso que un juicio cafre. Todos, sentados en torno de su jefe, los hombres del *khotla* trenzan cuerdas, fabrican cestos de junco, cosen *sisius* (sacos grandes) para el grano, juntan pieles de conejo, etc., mientras que el querellante expone el caso y el acusado se defiende lo mejor que puede.

Todo el mundo es procurador de la república y puede improvisar una requisitoria; asimismo es abogado todo el que quiere. Cada cual puede atacar ó defender. Los oficiales son como abogados generales; hacen objeciones y preguntas, y procuran el esclarecimiento del caso con sutiles observaciones.

Por fin, cuando todos han hablado y está agotada la materia, el jurado, compuesto de notables, reúne en casa del jefe, quien se digna con frecuencia escuchar toda la querella, y pronuncia la sentencia, que es sin apelación. En su distrito tiene el jefe tanta y aun más autoridad que la reina Victoria en Inglaterra.

Todas las multas se reparten de la siguiente manera: una parte para el jefe (la parte del león), otra para los hombres del *khotla* (el buey más gordo), y el resto (si algo queda) para el litigante.

Una vez cumplida la sentencia, el culpable recobra todo su prestigio, y no pocas veces va á vaciar una calabaza de cerveza con su adversario.

«El universo, dice de Maistre, está lleno de suplicios justísimos cuyos ejecutores son muy culpables.» Asimismo pudiera yo decir que en Basutolanda abundan juicios muy equitativos cuyos jueces son grandes criminales. Peroran como teólogos y santos sobre el robo y el adulterio, esos oficiales y señores que sin vacilar

se permiten semejantes maldades. Así lo quiere la tradición: «¡Un jefe nunca tiene faltas!» El legislador es superior á la ley.

La ambición es uno de los mayores defectos de todos los caciquillos. Cada uno quiere imitar á la rana y ser tan grande como el buey. En su esfera circunscrita obran como Napoleón á la cabeza de ciento treinta y cinco departamentos. De aquí continuas querellas que sólo pueden terminar con la guerra.

Aun tocante al reino invisible que predica el misionero, los jefes basutos tienen á veces pretensiones insostenibles. Uno quisiera ser el Carlomagno de la Iglesia «para el gran bien de los cristianos,» y por su propio beneficio sobre todo. Otro os pide que le hagáis cortar una sotana roja, blanca ó verde, poco importa, mientras le distinga de sus iguales. Este será el «sacerdote exterior,» y regirá el mundo, mientras el misionero será el sacerdote del interior.

Uno de los cafres más inteligentes tuvo la audacia de decir al Ilmo. Gaughran:

—A permanecer más tiempo en el Cabo, en dos años me hubieran hecho obispo.

A TRAVÉS DE LA MISIÓN DE NUEVA GUINEA

POR EL R. P. GUIIS

DE LA CONGREGACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

No habiendo dicho nada hace tiempo de la tierra bárbara donde el Ilmo. Navarre y los misioneros de Issoudun se dedican con tanto celo á la regeneración de los papus, creemos complacer á nuestros lectores dándoles noticias de esta Misión lejana, y haciéndoles visitar en compañía del R. P. Guis las principales estaciones.

I

EL 25 de Junio bajamos á Puerto León su ilustrísima, los PP. Genocchi, Hubet, Jullien y Karseleers, seis escolares, ocho Hermanas, y multitud de kanakos para remar y transportar los equipajes.

El Padre Superior decidió que nos dividiésemos en dos grupos. El Ilmo. Navarre con el P. Karseleers, el H. Gustavo y las ocho Hermanas fueron directamente á Mohu, con el H. Edmundo por capitán, mientras que los otros se dirigieron por Inawabui, estando encomendado al H. Simón el gornernalle.

Rezadas tres *Ave Marias* nos dimos á la vela, y al cabo de dos horas habíamos atravesado la bahía y entramos en el Etel-River, río ancho y profundo que se ignora si comunica con el San José ó si es formado por reunión de varios riachuelos. Su corriente no es fuerte, y la alta marea haciéndose sentir muy lejos, nos impulsó rápidamente y sin sacudidas.

La pluma es impotente para bosquejar la majestuosa grandeza de los retiros salvajes de Nueva Guinea: el mar, que se pierde en esas profundas sinuosidades, parece recogerse y guardar silencio. No se oye el menor ruido, ni se ven en el agua las más leves ondas. En ambas riberas admírase el bosque virgen con reposo imponente, pues no se mueve ni una hoja de los paleutivos.

Las lianas, que bajan numerosas é inextricables de

los corpulentos árboles, parecen cadenas vivas que protegen el bosque. Habitan estos lugares solitarios monstruosos cocodrilos tendidos muellemente en el lodo ó nadando tranquilos entre dos aguas. Este silencio solemne, que impresiona á los mismos salvajes, sólo lo interrumpe de vez en cuando un grito sonoro y veinte veces repercutido por los ecos del bosque: es el de un ave que canta la libertad y la seguridad de su retiro. A veces óyese rumor en el agua, cuya superficie describe multitud de círculos: prodúcelo un cocodrilo, sorprendido en su sueño, y que desde la ribera se precipita al río. La vista de este animal horroriza: sus movimientos tortuosos, lentos y callados en la tierra; su enorme cabeza, que forma el tercio de la longitud del cuerpo; su piel cubierta de lodo y de escamas rugosas, inspira aún más repugnancia que terror. Mas cuando se le ve en el agua la impresión es muy distinta: uno tiembla al verle pasar como una flecha, á flor de agua, ó bien sacar sólo la cabeza y abrir las temibles mandíbulas en forma de sierra.

Dejando á nuestra izquierda el angosto río que conduce á Bioto, entramos en el Oroí, que no es otra cosa que continuación del Etel, si bien no se le parece en nada, pues éste es ancho, y con orillas de vegetación bella y variada, mientras aquél es estrecho, y no ofrece en sus márgenes, durante dos horas, sino gigantes-cos *piris* cuyas raíces se hunden en el limo, y cuyas anchas hojas se cruzan formando como una cuna sobre el río. Estos *piris*, llamados *nipas* por los naturalistas, son árboles de la familia de las palmeras. Su fruto es una especie de piña redondeada, que llaman *tona-tona*, comestible y de la que extraen un jugo que hacen fermentar. Las hojas del nipa se utilizan para los techos de las cabañas. Estas hojas, de extraordinarias dimensiones, cosidas unas á otras forman un techo sólido, impermeable y refractario al calor. La navegación en el Oroí es difícil á causa de las hojas y raíces de este árbol. A cada momento hay que retirar los remos, desenredar el gobernalle y servirse de la percha. El sitio es muy frecuentado por los cocodrilos.

Al cabo de una hora de remar penosamente por el río, llegamos á un sitio donde los *piris* ceden su lugar á la hierba fina: allí se efectúan las transacciones comerciales entre Roro, Bioto, Inawabui y Mikura.

Era medio día, y echamos mano á las provisiones, que consistían en un pan, tres botellas de vino y tres pedazos de carne para siete personas. El H. Simón instaló la tienda en la canoa, y en ella comimos, pues en la hierba las hormigas rojas, blancas y de todos colores nos hubieran invadido y dado cuenta de los víveres.

A las dos nos dirigíamos por el bosque hacia Inawabui, entre las altas hierbas y los corpulentos bananos, y guardando profundo silencio para no asustar á los moradores de aquellos lugares. Al ver los cocoteros de la población nos quedamos un poco atrás, y nuestros portadores se adelantaron para facilitar nuestro acceso. Por desdicha los paquetes que llevaban les hicieron traición.

—¡Los *piritanis*! exclamaron los vecinos á la vez, y en un momento la villa quedó desierta.

Nuestros bagajeros no las tenían todas consigo; no obstante, alentados por ir en nuestra compañía, gritaron:

—¡Ea, venid acá, imbéciles! Los que llegan son misioneros, y no los *biri biri hankia* (los hombres que atacan). Los hombres sagrados no tienen necesidad de fusiles ni de cadenas.

Por fin adelantóse un joven, antiguo conocido del misionero, y á poco acudieron otros indígenas á quienes nuestro aspecto pacífico había tranquilizado: regalámosles *kuku* (tabaco), y fuimos á instalarnos en el *itara* (cobertizo) de una casa. Nuestro huésped era á la vez señor y hechicero del país, y estaba roído por la lepra. Su hijo era aún más feo que su venerable padre. Como hablaba la lengua de *roro*, nos sirvió de intérprete. Mandó nos diesen treinta cocos, para que bebiésemos á su salud.

Habrán en Inawabui cuarenta casas y cerca de doscientos habitantes. En esta población hay muchos niños y pocos ancianos, señal segura de guerras recientes.

Al anoecer comimos un poco de carne y plátanos cocidos, que es buen manjar, á lo menos para los que tienen predilección por ellos. Hay quien no los quiere ni crudos ni cocidos.

Terminada la cena nos diseminamos por el pueblo para rezar el Rosario. No podíamos estar quietos á causa de los mosquitos. Los indígenas quedaban asombrados viéndonos pasar los granos de esa especie de collar hablándonos en voz baja: nuestros hombres les dieron explicación del caso. Ya sabéis que tenemos permiso para rezar en nuestros viajes tres partes del Rosario en vez del Breviario.

A las seis y media cada cual buscó su improvisado lecho; pero acostarse y dormir eran allí dos cosas absolutamente distintas. A pesar de la mejor voluntad y de la fatiga, era sumamente difícil conciliar el sueño. En la galería y en los dos pisos había fuego y humo para alejar los mosquitos, lo que no se lograba completamente. En torno nuestro los cerdos gruñían, y ladraban los perros, y aun algunos de estos últimos, saltando como monos venían á olfatearnos los piés y el rostro á través del mosquitero. De una casa á otra manteníanse conversaciones como en nuestras aldeas, tratándose de los sucesos del día y de política local: cualquiera se creería en país civilizado.

A media noche el H. Gilbaud, mi compañero de cama, creyó oír que los perros se comían nuestras provisiones, y al levantar el mosquitero para salir, dió entrada á una nube de mosquitos, que no me permitieron dormir en toda la noche, y tuve que pasar el tiempo dándome golpes formidables en las mejillas, las manos, las piernas, y revolviéndome sin cesar para aliviar un poco mis espaldas y costillas, quebrantadas por las asperezas del lecho.

Así no es de extrañar que apenas el primer crepúsculo nos permitió distinguir un hombre de un árbol, cada cual se levantase prestamente, hiciese su paquete y pidiese proseguir la marcha.

LA ÚLTIMA CONSTITUCIÓN DE LEÓN XIII SOBRE LOS RITOS ORIENTALES

III Y ÚLTIMO

PERO, precisamente por ser tan favorables á los orientales, ¿no restringen la acción de los misioneros, privando así á la causa de la unión, al menos en parte, de su más poderoso elemento? No; sólo pensarlo sería prueba de no conocer ni el espíritu de la Constitución ni la verdadera situación de los misioneros, que no sufren absolutamente ninguna modificación, pues ya vimos que todas estas decisiones lo son también de los anteriores Pontífices, y que siempre se han mantenido en vigor. Las pocas modificaciones que hay versan sobre puntos que no son graves, y sirven para satisfacer á los orientales; pero de ninguna manera estorban la acción de los obreros apostólicos que van del Occidente. Pueden, como antes, ejercer su ministerio apostólico, tanto en los ya unidos como en los que no lo estén todavía, y con tanto más fruto cuanto que nadie sospechará que quieran destruir el rito oriental substituyéndolo con el latino. Los católicos no verán en ellos rivales de quienes se debe desconfiar; recurrirán más fácilmente á ellos, y unirán más voluntariamente sus esfuerzos para alcanzar el fin común, la vuelta de los separados al único redil de la santa Iglesia. Una vez realizada la unión de las fuerzas católicas; destruidas por los sabios reglamentos del Pontífice las prevenciones de los separados, no queda más á León XIII que



BIRMANIA.—Esposos karinos. (Pág. 226)



DAHOMY.—Sor Epifania, superiora de las Religiosas de la Misión de Agüé. (Pág. 218)

dirigir los esfuerzos comunes á un mismo punto, indicando los medios que deben emplearse para mayor seguridad del éxito; que es lo que hace en la última parte de la Constitución, insistiendo varias veces en la indispensable necesidad de la más perfecta inteligencia entre los misioneros y los Prelados orientales, su clero y sus pueblos. Quiere, pues, que todos los esfuerzos se dirijan á conseguir la realización de una obra que considera capital y de la que espera recoger preciosos y abundantes frutos, la obra de los Seminarios y escuelas. Sin excluir las demás formas bajo las que puede ejercerse la autoridad del celo apostólico, ese es el único medio que indica la Constitución, como que contiene en sí todos los demás, ó al menos puede hacerlos más eficaces. Estas son las palabras del Sumo Pontífice: «Además de estas garantías y prescripciones canónicas, nos preocupa, varias veces lo hemos dicho, la fundación en los puntos más convenientes de Oriente, de Seminarios, colegios é Institutos donde se eduque los jóvenes conforme al rito de su país y para el bien de su nación. Estamos decididos á emprender con ardor, contando con la generosidad de los católicos, y á proveer de abundantes recursos esta obra en que ciframos grandes esperanzas. La acción de los sacerdotes indígenas, más propia para satisfacer las necesidades de aquellos pueblos y que ellos aceptarán más cordialmente, producirá más abundantes frutos que entre los extranjeros, según lo demostramos muy determinadamente en nuestra Carta Encíclica publicada el año pasado con motivo de la creación de Seminarios en las Indias.»

León XIII desarrolló este mismo pensamiento en la

Encíclica *Christi nomen*, escrita algunos días después de la Constitución, recomendando en ella con instancia á los Obispos de todo el mundo, así como á los fieles todos, las Obras de la Propagación de la Fe y de las Escuelas de Oriente, llamando especialmente su atención hacia sus generosos designios respecto de las Iglesias de Oriente. «Bien sabéis, venerables Hermanos, dice, que para hacer volver al seno de la única Iglesia á los orientales que se han separado de ella, lo más conveniente y esencial es formar de entre ellos mismos un clero que por su piedad y ciencia sea capaz de inspirar á los disidentes el deseo de la unión; multiplicar en lo posible los Institutos donde se enseñen de la manera más conforme al genio de aquellas naciones la ciencia y la práctica de la vida católica. Por tanto, conviene formar en todos los lugares á propósito casas para la educación de los jóvenes clérigos, colegios que correspondan á la importancia de cada una de esas naciones, y proveer á que los ritos puedan celebrarse con la dignidad conveniente, y á que por la difusión de buenos escritos puedan ser iniciados los orientales en el conocimiento exacto de la Religión.»

No es por cierto hasta ahora cuando el Sumo Pontífice señala á los obreros católicos este poderoso medio de regeneración religiosa para el Oriente, que ya desde años atrás había recomendado este apostolado que juzga más eficaz. De manera que con razón dice en la Constitución: «Hemos en cierto modo ayudado á las Iglesias orientales. Hemos abierto en Roma colegios para los armenios y maronitas; en Filipópolis y en Adrianópolis, para los búlgaros; decretamos la fundación del Instituto León de Atenas, y favorecemos con todo nuestro poder el Seminario de Santa Ana en Jerusalén, destinado á la educación de los griegos melquitas. Además, hemos resuelto aumentar el número de los jóvenes sirios en el colegio de la Propaganda, y volver á su primitivo destino el colegio de San Atanasio, que Gregorio XIII había abierto á los griegos y de donde han salido hombres muy notables.»

Fácilmente se comprende, por qué es la determinación de León XIII de procurar sobre todo la educación católica de la juventud oriental conforme á su rito, y más especialmente la de la formación del clero. En efecto, las numerosas sectas protestantes, para implantarse en Oriente y asentar allí su perniciosa influencia han escogido de preferencia el terreno escolar, y bajo la capa de la ciencia infiltra en las nuevas generaciones el veneno de la herejía ó de la indiferencia religiosa, para que substituya al antiguo cisma, y no se evitarán eficazmente sus estragos más que con muchas escuelas católicas opuestas en todo á las suyas, y muy bien organizadas para ganarse la preferencia de los pueblos. Así se arrancarán esas naciones á la vez del error que amenaza invadirlas, y de la funesta división que hasta aquí las ha tenido lejos de la Iglesia romana.

Así lo habían comprendido los misioneros, aun antes que León XIII les llamase la atención sobre ello, y tanto que hace más de medio siglo han hecho de la escuela uno de sus principales trabajos.

Los Prelados católicos y su clero también han entendido lo mismo, y por cierto con muy felices resultados. Pero aún falta mucho para que sus escuelas y las de los misioneros sean perfectas, y se hagan dueños de la situación. Este es el principal motivo de la insistencia del Pontífice.

Por otra parte, es evidente que sin un numeroso clero apostólico las Iglesias orientales unidas no pueden prosperar ni desarrollarse, atrayéndose á sí á sus hermanos del mismo rito separados aún; y á todas ellas, más ó menos, falta ese elemento esencial, si no en cuanto al número, sí en cuanto á la aptitud. Y no puede ser de otra manera, pues los más de los individuos que forman ese clero no han sido educados para ella, y sólo se distinguen del común de los pueblos por el traje que visten. Desgraciadamente esto es notorio á cuantos visitan el Oriente. No hay que culpar de ello á las Iglesias orientales, que lo conocen y lamentan, sino que ha sido hasta hoy una necesidad de la situación en que se encontraban, y de la que no podían salir por sus propios esfuerzos. Los mismos latinos, antes del pontificado de León XIII, casi nada hacían para mejorar la condición del clero indígena, que por consiguiente estaba condenado, salvo algunas honrosas excepciones, á



BIRMANIA —Un birmán y su mujer. (Pág. 226)

permanecer en ese estado de inferioridad intelectual que no le permitía ejercer su ministerio fructuosamente entre los católicos, y lo hacía incapaz de emprender la obra de la unión entre los no unidos. Algo se ha hecho de algún tiempo á esta parte para mejorar esta situación tan desfavorable; pero todavía no basta lo hecho para que los obreros apostólicos orientales puedan suplir á los misioneros latinos, que, además de ser muy pocos, obran con la desconfianza de los orientales acerca de que trabajen en provecho del rito latino. En suma, el único medio de remediar este mal es el que León XIII indica, la fundación de Seminarios orientales. El día que las Iglesias unidas cuenten con un clero instruido, celoso y numeroso, la obra de la unión habrá dado un paso tan esencial al éxito, que sin él todos los demás medios serán tan ineficaces como lo han sido hasta hoy.

Por eso, repetimos, insiste tanto el Sumo Pontífice en la obra de los Seminarios orientales, en los que ve que se encuentra, por decirlo así, la autoridad de los misioneros hasta alcanzar el feliz término. El mismo ha trabajado personalmente desde la publicación de los documentos, objeto de este estudio, procurando establecerlos en Esmirna y en Egipto, donde la Constitución ha producido abundantes frutos de salvación, y restablecido el patriarcado copto de Alejandría.

Nada falta, pues, á la Constitución *Orientalium dignitas Ecclesiarum* para lograr el fin que León XIII se ha propuesto. Gracias á ella las Iglesias orientales van á entrar en la vía de progreso que hasta aquí había estado cerrada para ellas, y recomendadas por las Familias religiosas latinas, que les prestarán su más desinteresado y eficaz apoyo, marcharán incesantemente á la conquista de las almas de sus hermanos, en quienes morirán las antiguas preocupaciones contra la Iglesia latina. El pensamiento que guió á León XIII al promulgarla, habrá sido entonces, como escribía últimamente Mr. Olle-Laprune, después de una audiencia del Papa, «pensamiento libertador.»—R. E. M.

LA PRIMERA IGLESIA AMERICANA

MUCHOS siglos antes del descubrimiento que hizo célebre el nombre de Cristóbal Colón, existió en Groenlandia una Iglesia regularmente organizada, con Obispos, sacerdotes, monasterios y Misiones, cuya influencia se extendió hasta el mismo continente americano.

Descubrimientos recientes, hechos en Roma y en Drontheim, y publicados por los sabios Jelic y O'Gormann, nos hacen conocer el origen y el desarrollo de la que fué primera Iglesia americana, como también la catástrofe lamentable que la hizo desaparecer.

Impelidos por hambre y el amor á las aventuras, los normandos habían salido desde el siglo VIII de las estériles regiones que llamamos hoy Noruega, Suecia y Dinamarca, y se habían establecido en la Islandia.

Acostumbrados á recorrer sin cesar el camino de los cisnes (así llamaban al mar en sus poesías), y familiarizados con los peligros y las tormentas, solían emprender largas expediciones. «La ira de las olas ayuda al brazo del remero, decían ellos, y el huracán nos sirve

porque nos arroja hacia el lugar de nuestro destino.»

En una de esas aventuradas expediciones, el normando Gurmbiorn, impelido hacia el Occidente por una tempestad, fué arrojado con sus naves á riberas desconocidas, donde, sorprendido por los hielos, tuvo que esperar la primavera antes de emprender su regreso á Islandia, lugar de su salida.

Un siglo más tarde, en 983, tan conocida era de todos esa tierra sin nombre, que Erico el Rojo, desterrado de Islandia por sus crímenes, fundó en ella una colonia dándole al mismo tiempo el nombre de «Tierra Verde» (Green-land), por haberla hallado tapizada de verde césped.

A partir de aquella época la existencia de tierras occidentales de nadie fué ignorada. En el año 986 el navegante Bjarne, arrastrado hacia el Sur por una corriente impetuosa, descubrió nuevos países que recorrió cuatro años después, en el año 1000. Lief Eruson se lanzó decididamente sobre las huellas de Bjarne, abordó al Labrador, que llamó «Helluland,» y después á la Nueva Escocia, que denominó «Markland.» Prosiguiendo su marcha hacia el Sur, encontró un país feraz donde crecía en abundancia la vid silvestre, y donde empezaba á ostentarse la lozanía de una vegetación hasta entonces para él desconocida. Lo llamó «Vinland,» y es probablemente la parte Este de los Estados Unidos.

Apéndice de la Groenlandia, el Vinland tuvo, como ella, á partir de aquel tiempo, su historia y su tradición, y como ella también fué conocido de los europeos, de cuya memoria sin embargo no tardó en borrarse casi por completo su recuerdo.

No es extraño que los normandos hayan conocido el «Continente Occidental,» siendo menor la distancia que separa el Labrador de la Groenlandia, que la que se interpone entre ésta é Islandia ó entre esta última ó Noruega. La curiosidad insaciable de esos intrépidos navegantes, su arrojo conocido, todo nos lo explican.

En las relaciones de los «Sagas» de Islandia, y en documentos del siglo XIV conservados en Drontheim, llamados, el uno «Handsbok,» escrito por los años de 1305 á 1334, y el otro «Flateyjarbok,» compuesto cerca del año 1387, encuéntrase detalles tan precisos acerca del Vinland, descripciones tan exactas de su fauna y de su flora, que no queda duda acerca del paso de los normandos por el continente. No se han descubierto allí, es cierto, ruinas que lo atestigüen, ni consta que se hubiesen fundado colonias en esos países, pero sábase que recorrieron el Vinland misioneros venidos de Islandia y Noruega.

En los documentos últimamente encontrados en los archivos del Vaticano y publicados en número de diez en el *Catholic University Bulletin* de Wáshington, vese que durante cuatro siglos las relaciones entre Roma y la Islandia, y mediante ésta, con Groenlandia y el Vinland, fueron continuas y frecuentes.

Lief, hijo de Erico el Rojo, habiendo abrazado el Cristianismo á ejemplo del santo rey Olaf, se hizo acompañar por un sacerdote en su segundo viaje á Groenlandia, en cuya costa oriental se establecieron dos centros, al rededor de los cuales se agruparon numerosas residencias. Fueron éstos: Eastríbygd, al Sur,

que poseía en el siglo XIV una catedral, once iglesias y tres ó cuatro monasterios, y Westribygd, más al Norte, con noventa estaciones y cuatro iglesias.

En los principios de la colonia, los sacerdotes vinieron de Noruega, de Islandia y aun de otras partes, puesto que Jonás, que evangelizó el Vinland y encontró allí la muerte, era de origen sajón.

En el año 1044 Benedicto XI unió la Groenlandia á la diócesis de Islandia, dependiente á su vez de la metrópoli de Hamburgo-Bremen. Cien años después, en 1154, Eugenio III erigió en obispado la ciudad de Gardar en Groenlandia, bajo la jurisdicción de la metrópoli de Drontheim recientemente establecida.

Los Obispos se sucedieron sin interrupción notable en Gardar hasta el año 1418, en que se dispersaron los groenlandeses á consecuencia de la gran invasión de los ikraellings. La serie completa de los Obispos comprende veinticinco nombres. Hubo por consiguiente en América hasta 1418, una Iglesia organizada, con clero, parroquias y escuelas.

El primer obispo fué Erico Gnufson, que evangelizó los salvajes del Vinland á cuyas manos murió. Lo reemplazó Arnoldo, que durante un obispado de veinte años organizó de una manera definitiva la Iglesia groenlandesa. En 1246 los cristianos groenlandeses pagaban el «Dinero de San Pedro,» como lo atestiguan los registros de los «Colectores» conservados en el Vaticano. Este tributo consistía principalmente en pieles que se vendían en el continente. Entre 1326 y 1330 se hace mención de una copa de gran valor que provenía más probablemente del Vinland, ya que en Groenlandia no hay maderas preciosas: *Unus cyphus de nuce ultramarina, existimatus 11 florenis auri*. La diócesis de Gardar comprendía, en efecto, según Bula del año 1279, además de la Groenlandia, «las islas y territorios vecinos.»

En tiempo del obispo Alfus (1376-1378), los salvajes del Vinland, llamados skraellings, amenazaron por vez primera la Groenlandia, que abandonada de la madre patria, con la que eran muy difíciles las comunicaciones, no resistió mucho tiempo á sus frecuentes ataques, quedando por fin en 1418, asolada y desamparada de sus primeros habitantes, que fueron llevados cautivos ó se dispersaron en los bosques.

Corriendo los años, los cautivos que habían sobrevivido á sus desgracias y los fugitivos que no habían muerto en los bosques presa de los animales feroces, volvieron á sus desiertos hogares, pero no tenían ya Obispo ni sacerdote alguno para consolarlos. Dirigieron al Papa Nicolás V una súplica que menciona el mismo Pontífice en su bula de 1448, en la que encarga á los obispos islandeses Holum y Shalholt, el cuidado de restablecer la silla de Gardar y proveer el país de sacerdotes. Sus palabras son las siguientes: *Sane pro parte dilectorum filiorum insule Groenlandie que in ultimis finibus oceani... dicitur situata, lacrymabilis querela nostrum turbavit auditum, amaricavit et mentem.*

Cincuenta años después, los groenlandeses hicieron llegar una nueva petición á manos de Inocencio VIII. Su situación era por entonces digna de piedad y lástima. Cien años hacía que estaban privados de pastores;

el único recuerdo religioso que poseían, era un «corporal» religiosamente conservado, sobre el que había consagrado el último sacerdote un siglo antes.

Reuníanse de vez en cuando en derredor de esta reliquia, para celebrar á su modo los divinos oficios, cuya memoria se había transmitido de padres á hijos. Inocencio VIII les dió antes de morir un obispo en la persona del benedictino Matías, que no llegó á salir de Italia. El Papa Alejandro VI confirmó su elección en una carta fechada en 1493 (año de la salida de Colón), último documento en que encontramos mencionada esta desdichada Iglesia.

Las desgracias y el abandono de los católicos groenlandeses habían conmovido el corazón del último Arzobispo católico de Drontheim. Preparábase en consecuencia á auxiliarlos, cuando sobrevino la Reforma con su cortejo de disturbios y desórdenes, que le impidió llevar á cabo tan generosos y elevados propósitos.

A partir de aquella época nadie volvió á hablar de la Iglesia groenlandesa, de cuya existencia dan innegable testimonio los vestigios de Cristianismo, los emblemas religiosos y prácticas, que con tanta admiración suya encontraron los misioneros franceses y españoles en el Canadá y otras naciones del Nuevo Continente.

NOTAS BIOGRÁFICAS

DEL EXCMO. Y RMO. SR. DR. D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO,

OBISPO DE SANTANDER

Dabo vobis pastores juxta cor meum, et parcent vobis scientia et doctrina. (Jerem. III).

Nació el actual Obispo de Santander en la pequeña aldea de Peromingo, diócesis de Plasencia, provincia de Salamanca, á 25 de Julio de 1841.

De sus estudios hechos en Béjar y en los Seminarios de Salamanca y Plasencia, después de consignar que fueron sobre toda ponderación brillantes, tan sólo hemos de referir un detalle.

En 1862 y con motivo de la consagración episcopal del Obispo electo de Teruel, halláronse reunidos en la ciudad del Tormes los excelentísimos y reverendísimos Prelado de la misma diócesis y los de Plasencia y Zamora.

En obsequio al nuevo Príncipe de la Iglesia, Magistral hasta la sazón de Salamanca, y á los Obispos consagrantes, se dispuso una magnífica velada científica en el Seminario Conciliar, en la que tanto el mayor trabajo como la más grande honra fueron para el futuro Obispo de la Montaña.

Encargado el Sr. Sánchez de Castro de sostener y vindicar cincuenta proposiciones teológicas ante público tan escogido (asistieron, además de los Prelados, profesores de la Universidad y lo más selecto de la población), lo hizo con tan fácil y castizo latín y con tal copia de saber, dando asimismo tan acertadas soluciones á las dificultades propuestas, que todos miraron como escasa recompensa el bachillerato en Sagrada Teología que le concedieron, y el nombramiento de profesor de filosofía con que fué honrado por el señor Obispo de Plasencia.

Desempeñando admirablemente la difícil cátedra, continuó y puso feliz término á los estudios superiores, con la investidura de doctor que, *nemine discrepante*, le fué concedida en Salamanca el año 1865.

Ordenado de presbítero á 10 de Junio del mismo año, en el siguiente hizo oposiciones á la lectoral de León. Tan brillantes fueron sus ejercicios que, á pesar de sus pocos años, el clero y el pueblo entero le aclamó lectoral, y los jueces no dudaron un momento de que la voz del entusiasmo popular era la voz de la justicia.

Fué lectoral de León, catedrático de Introducción Bíblica, y desempeñó otros varios importantes cargos hasta el año de 1884, en que fué preconizado Obispo de Santander. A primero de Junio del mismo año recibió la consagración episcopal en San Isidro de Madrid; tomó posesión de su diócesis el 12 del mismo mes, é hizo su entrada solemne el día de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, entre las pruebas de indescriptible regocijo con que fuera recibido.

Los datos consignados eran más que suficiente razón para hacer concebir muy risueñas esperanzas al católico pueblo de Santander.

Las concibió; y, lejos de haberse tenido que arrepentir en los trece años que han pasado, vió constantemente y sigue viendo coronado por el éxito más feliz cuanto se había prometido. Un celo altamente apostólico presidiendo é informando sus obras, desde los actos ordinarios de su elevado ministerio hasta las más grandes iniciativas; el hermoso conjunto de excelentísimas virtudes que pedía el Apóstol en su carta á Timoteo; las cualidades, en fin, que hacen á un Príncipe de la

Iglesia digno sucesor de los Apóstoles, por modo tan eminente han resplandecido en el Sr. Sánchez de Castro, que los mismos encarnizados enemigos de la Iglesia, lejos de hallar que reprender en él, celebran á una su rara sabiduría, su ardiente celo y su acrisolada virtud.

Haremos una brevísima reseña de los más culminantes hechos de su glorioso pontificado; aprovechándonos del carácter que intentamos dar á estos apuntes, para no asumir las responsabilidades de una disquisición enteramente didáctica. Y ya que es mayor comodidad y no exige otra cosa la naturaleza del asunto, dividiremos los hechos, materia de nuestro sencillo trabajo, en unos que dan testimonio de la sabiduría, y otros que prueban la pastoral solicitud de S. E. I.

Son aquéllos: 1.º Los *cuarenta y ocho escritos pastorales* que acaba de imprimir coleccionados, con la elevada y generosa idea de regalar un ejemplar á cada sacerdote de su diócesis, destinando el importe de los otros que se vendan, á remediar las necesidades de la Santa Sede.

Si un conato de biografía pudiera ocupar un libro, todo él sería poco á ponderar el caudal de conocimientos escriturarios, teológicos y filosóficos, la riqueza de estilo y sagrada unción que atesoran tan preciosos documentos. Conforme han ido publicándose, una pastoral despertaba el deseo de otra, viniendo á ser todas ellas otros tantos acontecimientos para la diócesis entera. Formando ahora un volumen de 543 páginas, considéranse como un arsenal de saludables consejos, un tesoro de celestial doctrina, y un modelo intachable



BIRMANIA.—Aldea birmana, (Pág. 226)

que da mucho que imitar en lo moral, en lo científico y en lo puramente literario.

2.º La magnífica obra que dió al público siendo aún lectoral, intitulada *La Religión*. Método riguroso, estilo apologético, argumentación siempre apodictica, reales oratorios de subido mérito literario, erudición vastísima, y el conjunto por todo extremo notable y acabado, tal es, en breve, lo que daría margen á entusiastas elogios en un estudio bibliográfico sobre tan precioso libro.

3.º *Las Constituciones Sinodales*. En este código diocesano, que podríamos llamar, no se ve al sabio como sabio, ni al orador como tal, ni al Sr. Sánchez de Castro en concepto particular alguno. Se ve allí al Obispo; legislador sabio, á la vez, y consejero prudente; padre cariñoso y juez exactísimo, príncipe tutelar de la fe, de la moral y de la disciplina.

El clero santanderino ha hecho de este libro muy principal objeto de su estudio, le considera como indispensable *vade mecum*, y no cesa de ponderar los admirables documentos en él contenidos. Dificilmente se concebirán mejores Constituciones Sinodales.

4.º *Los Sermones*. En este punto bien demás estaría cualquier elogio. ¿Quién ignora que el excelentísimo señor Obispo de Santander es orador notabilísimo, comparable únicamente á esas eminencias que se cuentan por escasas unidades en cada nación? Exégeta de profundos estudios é ingenio sutilísimo, teólogo consumado, excelente filósofo, conocedor nada superficial de todas las ciencias y letras que prestan auxilio é integran la oratoria, de una facilidad asombrosa, de palabra castiza y elegante á la par que sencilla; dotado en fin, de una acción dignísima, propia, desembarazada, naturalísima, llena de viveza... ¿qué hará falta para constituir una eminencia oratoria si no es el fuego sagrado, la virtud acrisolada, un celo visible, cualidades que brillan tanto en el Sr. Sánchez de Castro como las antes mencionadas? Que hablen los que poco ha tuvieron la dicha de oírle en Alcalá y en Compostela, en Salamanca y Burgos (en donde actualmente se encuentra con motivo del Concilio Provincial); los que antes le habían admirado en la Compañía de esta ciudad y en el Ferrol, en el Escorial, Madrid y Barcelona: que escriba sus recuerdos León, y publiquen su entusiasmo tantas muchedumbres que han gustado en la oratoria de S. E. I. bellezas que no es fácil describir.

Son monumentos de la pastoral solicitud del Sr. Sánchez de Castro:

1.º Las Visitas pastorales. Quien sepa algo de los infinitos quehaceres de un Obispo, y conozca los mapas topográficos de esta accidentada región, podrá entender en parte lo qué significa viajar doce veces en doce años toda la diócesis santanderina, trabajo que acaba de realizar nuestro excelentísimo Prelado.

Pero, no es lo más, cuanto hay de penoso por parte del terreno. Más aún que las distancias, encrucijadas y vericuetos de la diócesis, han hecho rudo ese trabajo pastoral severas leyes que S. E. I. se tenía impuestas en el modo de realizarla. Predicación más que diaria, catequesis infantil, confesonario hasta altas horas de la noche, revisión de libros, visita de las iglesias, conferencias con los sacerdotes... no dejando por todo esto

una sola de las prácticas que tiene como Obispo y como virtuosísimo Obispo... Cualquiera entenderá difícilmente que puedan quedar bastantes horas para el debido descanso. Y es de advertir la escrupulosidad con que lo mira todo, no admitiendo excusa de ningún género para dejar cumplidos estos cánones.

Yo le vi en cierta ocasión hacer largo rato de catequista con no haber en la iglesia más que dos niños, y éstos muy rudos é ignorantes... ¡Cuánto le interesa la educación cristiana de los niños!

Aun hay más: el señor Obispo tiene tiempo para todo. En la iglesia, en la calle, en casa, tiene palabras de consuelo para los tristes, da valor á los flacos, anima á los fuertes, socorre con verdadera caridad á los tentados, enseña á los ignorantes, dispierta á los perezosos y procura levantar á los caídos: mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre, como lo aconseja el Apóstol, de quien es devotísimo. Todas las necesidades de sus diocesanos las tiene por suyas; así las siente y les procura el remedio que puede. Da avisos á los sacerdotes para que vivan una vida santa é inmaculada; á los predicadores para que no busquen ni se propongan otra cosa que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas; á las vírgenes desposadas con Cristo Jesús que sean fieles á su vocación, y guarden con exquisito cuidado el tesoro de su pureza virginal. En suma; no parece sino que el corazón de nuestro Obispo, es una espiritual oficina donde el cielo ha depositado las medicinas necesarias para la cura de tantas enfermedades como padecen nuestras almas, que seguramente son más que las de los cuerpos. Es verdaderamente un Apóstol.

2.º El Seminario. Muchas veces hemos oído al excelentísimo Sr. Sánchez de Castro que mira al Seminario como el objeto preferente de su pastoral solicitud. De que así sea, tenemos prueba, innecesaria á la palabra de un Obispo, en muchos y muy elocuentes hechos. Lo confirman las reformas materiales y adquisición de muy costosos predios que el Seminario reclamaba. La división de las grandes salas de dormir en habitaciones independientes, fué un beneficio incalculable á la higiene y á la disciplina. La reparación de la magnífica escalera y patio principal; un hermoso edificio independiente destinado á retretes; la total y muy costosa reforma del templo; los nuevos salones dormitorios; las importantísimas mejoras en la biblioteca y gabinete de ciencias naturales... obras son todas que demuestran el vivísimo interés con que mira S. E. I. cuanto al Seminario concierne.

Son muy de notar asimismo las sapientísimas Constituciones con que ha reglamentado los estudios y la disciplina. Se halla este Reglamento en el apéndice décimo de las Constituciones Sinodales.

También son muy de alabar la constancia con que acude los días de retiro mensual, de no impedirlo más urgentes ocupaciones, á dirigir á los seminaristas su autorizadísima palabra; el interés que se toma por las academias científicas y por las veladas literarias; y más que todo ha asistido muchas veces, por indisposición de algunos profesores, á desempeñar cátedras en las que ha dejado imperecederos recuerdos por la mansedumbre

con que oía, por la amabilidad con que aleccionaba y por los tesoros de saber que prodigaba en sus hermosas explicaciones.

3.º El arreglo parroquial y concurso.

Las dificultades con que ha tenido que luchar el señor Sánchez de Castro para dar cima con general beneplácito á estas grandes iniciativas, él únicamente pudiera explicarlo, si bien es del dominio público que han sido muchas y poco menos que insuperables.

No bastaba para realizar tan difíciles proyectos, un talento eminentemente organizador: era preciso un espíritu bien templado que no se arredrara ante imposibles; un hombre de Dios que estuviera dispuesto á sufrir por la justicia; un Obispo que, entendiendo lo arduo y asumiendo lo consiguiente y despreciando todo miramiento terreno, hiciera las veces de gran geómetra para unir con sabias líneas muy distantes extremos, y desempeñara impávido el oficio de juez en la más complicada de las causas. Todo ha tenido el éxito más feliz.

4.º Las conferencias litúrgico-morales del clero. En este punto de capitalísimo interés, basta citar el Reglamento que se halla en el apéndice octavo de las Constituciones Sinodales, y merece un estudio que no es de estos apuntes.

5.º La Hermandad de Sufragios que fundó para alivio espiritual de los sacerdotes difuntos, en cuyo elogio es bastante recordar el aplauso universal con que fuera recibida.

6.º Los Catecismos y escuelas. Muchas veces nos ha ocurrido comparar á nuestro excelentísimo Prelado con esos hombres providenciales como Don Bosco, La Salle, suscitados por Dios Nuestro Señor para bien de la infancia. Tal es el celo, la insistencia, casi pudiéramos decir la importunidad con que viene inculcando el esmero en la educación de los niños. Ha hecho un precioso Reglamento para ordenar los catecismos; conmina muy á menudo su fiel observancia; ha fundado varias escuelas; es entusiasta favorecedor de la Congregación Salesiana, y aquellos centros de enseñanza que no puede favorecer directamente con socorros pecuniarios, los bendice, los visita, los estima sobremanera, demostrándolo en muy distintas y elocuentes formas.

7.º La presteza con que acude al llamamiento de la caridad. Su nombre es invariablemente el primero en las subscripciones abiertas para consuelo del triste y alivio del necesitado. Este afligido pueblo, tantas veces probado por la Divina Providencia con tribulaciones é inauditas catástrofes, ¡en cuántas ocasiones ha bendecido la pródiga mano de su Obispo! Identificado siempre «más con las penas que con las alegrías» de su grey, como escribió en ocasión tristísima, nunca deja de llevar el bálsamo de la consolación allí donde alcanzan sus facultades.

En las casas de beneficencia podrían recogerse muy preciosos datos. El Romano Pontífice, la Propagación de la Fe, las santas Misiones, la redención de esclavos... deben al Sr. Sánchez de Castro generosas contribuciones de su propio peculio, y el haber despertado constantemente la caridad de los fieles con muy eficaces auxilios.

Mucho de lo antes consignado hace al presente capítulo.

8.º La lucha con la impiedad. Valeroso capitán del ejército del Señor, está siempre alerta para impedir al enemigo que realice sus nefandos propósitos. Vigila la prensa, y advierte á los fieles del veneno que tratan de insinuar los coadjutores de la impiedad en escritos de uno y otro género. Ha repartido miles y miles de opúsculos, y le debe su fundación, colaboración y sostenimiento el semanario de propaganda católica *Páginas dominicales*. Vigila el teatro, y cuando le ve convertido en escuela de inmoralidad ó en él se ridiculiza lo sagrado, amonesta paternalmente y enseña con empeño á sus fieles, prohibiéndoles cualquiera cooperación directa ó indirecta. Vigila la enseñanza, poniendo de relieve los horrores de la doctrina sin Dios, y aconsejando y mandando que toda enseñanza esté informada por un espíritu verdaderamente cristiano. Lo vigila todo: allí donde ve al enemigo, le ataca valerosa y prudentemente, pudiéndose asegurar que por incuria ó cobardía suya no hará una sola victoria el espíritu del mal.

9.º Las funciones sagradas, que solemniza muchas veces con su presencia y muy á menudo con intervención activa, ora distribuyendo la Sagrada Comunión, ora predicando, y siempre que asiste dando la bendición á su amado pueblo, que acude en tropel ansioso de recibirla.

Finalmente, en las manifestaciones cívicas de cierto género. Siempre bendice la Iglesia cualquier adelanto, aunque sea puramente humano, con tal que no haya en él cosa que pueda ofender los intereses de Dios. Por eso el Sr. Sánchez de Castro, si el pueblo de Santander corre gozoso á inaugurar alguna obra de gran utilidad pública, va presidiendo al pueblo con cuyas alegrías se identifica, y derrama las bendiciones de la Iglesia sobre cualquier monumento del verdadero progreso. Podemos recordar á este propósito la inauguración de las aguas de la Molina, las procesiones al monumento conmemorativo de la catástrofe, etc. Si el mismo pueblo acude lloroso á despedir á sus queridos hermanos que marchan á pelear por la patria, no faltará el Obispo que le presida, y cuando en la iglesia Catedral, cuando en el puente del vapor, dejará que se desborden los sentimientos de su alma generosa en torrentes de conmovedora elocuencia para dar ánimos y consuelo al soldado. Las honras fúnebres por los que han muerto en la manigua, él las preside; los *Te Deum* para celebrar algún triunfo, él los canta; celebrando á continuación los laureles conquistados con las galas de su inmutable oratoria. En una palabra, donde esté el pueblo llorando, allí llora y consuela el Obispo; y donde el pueblo celebra faustas nuevas, allí el Obispo se identifica con la común alegría.

Dios, la Iglesia, el Pontífice, la patria, Santander... estos son los amores que le afectan, las palabras que le inspiran, los resortes que tienen en movimiento continuo su actividad, su celo, su saber, todas las energías de su vida.

Tales son los hechos que, á vuelapluma, hemos podido consignar del insigne Obispo de Santander, á quien Dios guarde muchos años para bien de su Iglesia.

UN MONTAÑÉS.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, Y PENTECOSTÉS Ó PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO

EL adorable misterio que la Iglesia celebra con transportes de júbilo el 19 de este mes, debe llenar de noble orgullo nuestro corazón.

Cristo ascendiendo al cielo por su propia virtud nos dice que también allí tenemos un lugar para nosotros.

Desde entonces nuestra naturaleza, que estaba condenada al oprobio, ha sido exaltada.

Eramos indignos de vivir, y fuimos llamados á la inmortalidad, y en la humanidad de Jesucristo ocupamos el primer lugar en la mansión de la felicidad eterna.

¿Quién dejará de sentirse agradecido por esta honra que nos dispensó el Salvador? ¿Quién no se animará á seguir el camino de la Jerusalén celestial que El nos mostró?

Elevemos, pues, nuestros corazones; despeguémonos de todas las afecciones que nos degradan; que jamás nos rinda ni abata el infortunio, y subamos á menudo con el pensamiento á nuestra patria feliz.

Toda la naturaleza nos convida á ello en estos días. ¿No vemos como las avejillas emprenden su primer vuelo hacia los cielos? ¿No observamos como las plantas elevan sus tallos á lo alto y los árboles sus nuevas ramas?

Sursum corda! ¡Arriba, arriba los corazones! que del cielo nos han de venir todos los auxilios que necesitamos.

La solemnidad que la Iglesia católica conoce con el nombre Pentecostés era ya celebrada por el pueblo judío antes del Cristianismo, en memoria de la promulgación de la ley de Moisés en el monte Sinaí. Los cristianos continuaron celebrándola en memoria de la promulgación de la ley evangélica, verificada en tal día en el cenáculo de Jerusalén con la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Estos desde entonces sintiéronse trocados en otros hombres: de ignorantes y rudos que eran quedaron convertidos en sabios y elocuentes; de tímidos y encogidos, en valerosos y esforzados. Nada les detiene: las fronteras más lejanas del imperio romano son recorridas por estos hombres renovados. Todos son perseguidos, y ninguno se detiene ante la persecución, antes mueren gloriosamente en medio de ella. Este día grande es la verdadera inauguración del Cristianismo, pues en él empezaron los Apóstoles su pública predicación, y empezaron asimismo las numerosas conversiones.

CRÓNICA

Inglaterra.—Según el *Irish Catholic*, la Junta de las obras de la nueva catedral de Westminster ha recibido un donativo anónimo de mil libras esterlinas. Si se siguen recibiendo donativos que permitan la continuación de dichas obras sin que éstas tengan que interrumpirse, podrá inaugurarse la citada catedral el 29 de Septiembre de 1900, fecha del quincuagésimo aniversario de la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra.

—Como prueba indiscutible de que el Catolicismo progresa rápidamente en la Gran Bretaña, permítasenos hacer mención so-

mera de las muchas damas inglesas consagradas hoy á Dios en varios conventos. Sean entre otras, dos hermanas del actual duque de Norfolk; una hermana de lord Ripon, exvirrey de la India Oriental y exjefe supremo de la logia masónica del rito escosés; una hermana de lord Denbigh; dos hermanas del actual lord Clifford; una hija de lord Dumner; cuatro hijas de lord Camoys; cuatro hermanas del actual lord Petre; una hija de lord Abingdon, y muchas otras doncellas de noble nacimiento, que á diario renuncian el mundo y sus grandezas.

Japón.—Escribe un misionero que evangeliza aquel lejano país:

«La primera iglesia levantada aquí por los Dominicos hace muchos siglos, fué dedicada á la Virgen del Rosario.

«Hace doscientos años que la devoción del santo Rosario está floreciente aquí entre nuestros viejos cristianos, pero ellos son desgraciadamente pocos en número. Rezan el Rosario meditando los misterios, y aun conservamos un manual compuesto por el P. Juan de los Angeles, dominico, que murió ahogado en el mar por el odio á la fe en la isla de Liu-kyu.

«Yo que he tenido el consuelo de publicar varios opúsculos en lengua japonesa, desearía poder hacer una nueva edición del citado manual, á cuyo autor se le llama aquí «el Rey del Rosario.»

«Pero esta obra necesita ser completada con las recientes declaraciones de las Sagradas Congregaciones y con las nuevas indulgencias. Me arriesgaría de buena gana á la empresa si encontrara algún auxilio. Entre tanto he adicionado á nuestro libro de oraciones el método de rezar el Rosario compuesto por el Beato Griñón de Montfort, ilustre Terciario de nuestra Orden; pero, repito, se necesita un Manual para uso de los adscritos al Rosario, que son muchos. Os quedaré agradecidísimo si me enviáis uno claro, sólido, completo que me pueda servir de norma para la nueva edición.»

Tonkin.—El ciclón y la tromba marina que se desencadenaron el día 15 de Octubre último en el Tonkin, causaron daños considerables en la parte meridional de aquella región.

Más de cuatrocientos cristianos murieron sepultados bajo de las olas, y más de veinte mil lo han perdido todo.

Iglesias, casas de Misiones, asilos de neófitos, todo ha sido destruido.

Pero la admirable Providencia de Dios ha querido sacar frutos espirituales copiosísimos de aquella catástrofe temporal.

El P. Roux, de las Misiones Extranjeras de París, tenía á su cargo mil cien catecúmenos; y desde entonces las conversiones se han acentuado extraordinariamente, y pueblos enteros solicitan catequistas, que frecuentemente no pueden mandárseles por el obstáculo de siempre: la falta de recursos. Y no es esto solo: millares de indígenas, cristianos y no cristianos, extienden su mano á los misioneros, en demanda de socorros con que aliviar su mísera situación. Si estos auxilios no se mandan pronto de Europa, aquellos infelices habrán de ser abandonados á su triste suerte.

DIVISIÓN DE LA ORDEN DE FRAILES MENORES.—La Orden de Menores se dividió, desde la unión hecha por León X, en dos grandes Familias, á fin de que fuese más fácil el gobierno de la Orden. Estas dos Familias se llamaban Cismontana y Ultramontana, ó sea de aquende ó allende los Alpes. A la Cismontana pertenecían España con sus Indias, Francia y Alemania; á la Ultramontana pertenecían los Estados Lombardos, Nápoles y Sicilia, Austria-Hungría, Polonia, los Estados de la Turquía europea y la Custodia de Tierra Santa. El General alternaba en las Familias, y cuando el General era de una Familia se elegía un Comisario General de la otra. Cada Familia tenía seis Definidores Generales.

Hoy ha desaparecido esa división, y en cambio se ha dividido la Orden en doce zonas, y de cada zona se elige un Definidor General. Las zonas según las nuevas Constituciones son: I. Las Provincias y Custodias de los Estados Pontificios. II. Las Provincias y Custodias de la Alta Italia. III. Las Provincias y Custodias del reino de Nápoles. IV. Las Provincias y Custodias de Sicilia y Sudoeste del reino Napolitano y Malta. V. Tierra Santa y las Provincias de los Estados de la Turquía europea, Dalmacia y el

Tirol. VI. Las Provincias de la antigua Polonia y Hungría. VII. Las Provincias de Rusia, Alemania y Países Bajos. VIII. Las Provincias de Córcega, Francia, Inglaterra é Irlanda. IX. Las Provincias de Santiago, Portugal, Andalucía y Cantabria. X. Las Provincias de Cartagena, Valencia, Cataluña y Filipinas. XI. La América Meridional. XII. La América del Norte. La Religión Seráfica se extiende del uno al otro polo; y estas zonas se encargan de las Misiones que con gran satisfacción de la Iglesia sostienen entre los infieles.

VARIEDADES

LA EMPERATRIZ DEL JAPÓN

ESTA ilustre Princesa del Extremo Oriente pertenece á la familia de los Tokhuhabí.

Su nombre es Haruko, y se halla casada desde 1869 con el actual Emperador del Japón.

Nació en Kioto en 1850, hija de una distinguida familia de sangre real, de las 150 que forman la corte del antiguo imperio.

Su educación muy esmerada, con arreglo á las antiguas costumbres del país, consistió en aprender los clásicos chinos y japoneses, labores de su sexo, música y prácticas del ceremonial de la corte, que es por cierto complicadísimo.

Pero apenas contrajo matrimonio con el Soberano, empezó á preparar su educación á la europea, estudiando usos, leyes y costumbres del viejo continente, hasta el punto de que la mayor parte de los cambios radicalísimos operados hacia el progreso en aquel país se deben á la emperatriz Haruko.

Posee una rara inteligencia unida á una actividad y energía pasmosas. En sus ratos de ocio se ha dedicado durante algunos años al cultivo de la literatura, y es considerada entre los primeros poetas del Japón.

Sus obras poéticas ocupan lugar preferente en las bibliotecas del imperio, y se conservan como sagradas reliquias en los archivos del Estado.

Tiene muchas hermanas menores, que ha hecho educar en el colegio de Doncellas Nobles, fundado por ella, haciéndolas aprender la etiqueta de las cortes europeas y algunos idiomas, el inglés con preferencia.

La emperatriz Haruko, á sus cuarenta y cuatro años de edad, es mucho más hermosa que todas sus hermanas, y está considerada como una de las más bellas mujeres de Tokio. Es de pequeña estatura; posee una hermosa cabellera negra, en la que se destacan unos hilos de plata, y tiene piés y manos en extremo diminutos y delicados.

En los primeros años de su matrimonio se teñía los dientes de negro, á la moda japonesa; afeitábase las cejas, y pintaba sus labios de un color oscuro. Pero desde 1876 abandonó aquellas bárbaras costumbres, haciendo su tocado lo más en armonía posible con la moda europea.

Aunque la Soberana del Japón es tan sagrada é inabordable que no puede tener relaciones con el mundo exterior, ha sido la primera que ha recibido á las señoras de los embajadores europeos, presentándose en corte con el Emperador.

La introducción de las costumbres europeas en el Japón ha consistido durante algunos años en cuestión

de amor propio, para probar á los países de Occidente que los japoneses son susceptibles de rendir homenaje al progreso, y sacrificar la tradición con tal de colocarse á la altura de la nación más civilizada del mundo.

Hoy día se surten de los grandes almacenes de París las principales damas de la nobleza, y ya no hay fiesta oficial donde no se presenten todas á la moda-europea, enguantadas y luciendo joyas en su tocado.

Para la Emperatriz, el cambio de *toilette* ofreció en un principio serias dificultades, pues dado su carácter sagrado, mediante el cual sólo pueden tocar su cuerpo las grandes damas de su corte, y no sabiendo éstas cortar ni confeccionar vestidos á la europea, no era posible que una mujer extranjera pusiera sus manos sobre la Soberana.

Pero estas dificultades pudo obviarlas la condesa Sbo, que habiendo vivido en París conocía la capital de la vecina república, y pudo ser intermediaria entre sus Soberana y los grandes modistos.

Hoy día la Emperatriz gusta de rodearse de damas japonesas que hayan visitado á Europa, y pasa grandes ratos escuchando con fruición los relatos que le hacen de las cosas de Occidente.

Monta á caballo en traje de amazona sobre sillas inglesas, aunque en caballos del país, de menos talla que los nuestros; pero sin salir de sus jardines.

Cuando sale en público lo hace en un *landeau* tirado por cuatro caballos negros, y los lacayos visten la misma librea que los de la corte de Viena, porque la princesa Comathan, hermana del Emperador, quien estuvo algún tiempo en Austria, llevó los modelos á su cuñada.

Las demás señoritas de Tokio, aunque en su mayoría visten sus antiguos trajes, quizá por falta de modistas europeas, han aceptado los carruajes y todo cuanto es posible aclimatar en el país, imitando á su decidida Soberana.

Esta, por su parte, continúa adquiriendo para sí, su corte y su pueblo, los últimos detalles del progreso con toda la dirección y oportunidades necesarias á evitar una reacción provocada por los partidarios de las tradiciones japonesas.

No podrá suceder, porque son los menos y porque, á medida que sienta sus reales la civilización en aquel apartado país, crece su importancia mercantil en sus relaciones con Europa, y cada día son más estimados los productos de su industria, que especialmente en la sedería constituye hoy una de las primeras partidas de su exportación.

Examinados recientemente tejidos y bordados japoneses, no cabe pedir más, porque superan el gusto chino en todos conceptos.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones franciscanas

Hilario García, de Villamena. 0'50 pesetas.

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. 4 »

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona

los pasajeros y los veintiún hombres que la tripulaban formaban una carga excesiva que no la permitían andar con el desahogo necesario. A los pocos días se levantó una fuerte borrasca en dirección al S. SE. Sobrevino la noche, y lejos de calmar el tiempo, aumentó el peligro con los horrores de la obscuridad. Luchando con el temporal fué perdiendo una á una el pobre *Julían* todas sus velas, é impelido por el viento fué á dar en los arrecifes que existen al O. de Guernesey. Las espumosas olas chocaban contra *Julían*, amenazando sepultarlo en los abismos, y el viento soplaba con tal furia que sólo la muerte ó un milagro podían acabar con aquella desesperada situación. A esto se unían los gritos de las mujeres y las blasfemias é imprecaciones de un malvado, y mientras tanto el buque iba aproximándose á la roca en la que debía estrellarse.

Allí, á pocos metros de distancia les aguardaba á todos la muerte. Entonces el capitán, hombre de fe, elevó su corazón al que rige los vientos y tempestades. Y convocando á los que había á bordo, les dijo: «Si lo aprobáis, haremos un voto, esto es: si salimos bien de este aprieto mandaremos celebrar una Misa á Nuestra Señora en la iglesia del primer puerto en que desembarquemos.»

Con indecible entusiasmo fué acogida la proposición del capitán. Acto continuo se arrodillaron todos y con las manos elevadas al cielo imploraron la protección de María. «Iremos á pique, decía el malvado blasfemando,» el único que no quiso ofrecer el voto.

A los pocos minutos de haber ofrecido el voto cambia bruscamente el viento, yendo en dirección N. OE. y aleja el buque del arrecife, como antes lo había acercado; transcurrieron dos horas de indecisión, pero al fin llegó la calma. A toda prisa se construyó una vela provisional de la mejor manera que se pudo, maniobraron los regocijados marineros, y al fin pudieron dar las gracias á la Estrella de los mares, que les salvó del naufragio.

Mientras la tripulación entonaba alegres cánticos á María en acción de gracias, el desgraciado blasfemo proseguía sus burlas, y para alejarse de los que rezaban se fué al extremo opuesto; nadie vió ni oyó cosa alguna, y sin embargo á los pocos minutos de haberse separado el blasfemo de sus compañeros, éstos oyeron voces entre cortadas de ¡Socorro! ¡socorro! Acudieron inmediatamente, agotáronse todos los recursos, pero no lograron salvar al náufrago, que pereció Dios sabe cómo, dejando sumidos en la tristeza al capitán y á cuantos le habían visto desafiar al cielo y burlándose del poder de la Virgen.

Al desembarcar acudieron todos en masa á la iglesia, donde convinieron una Misa para el día siguiente, que fué ofda con ejemplar devoción; terminada la cual, solicitaron y les fué concedido entonar una Salve á María.

—Quien dude del admirable poder de María, decía un pasajero del *Julían*, quisiera verle en un caso semejante, y no creo que volviera á dudar en su vida.

X.

ANUNCIOS

NUEVAS EDICIONES DE

EL AGUA DE

SAN IGNACIO

por el R. P. LUÍS IGNACIO FITER, S. J.

EDICION ECONOMICA

12,000 EJEMPLARES

2 láminas de Paciano Ross

30 ilustraciones de Claudio Hoyos

144 páginas de interesantísimo texto

10 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Sin descuento, y el franqueo á cargo del demandante, á causa de la suma baratura de esta edición de propaganda

EDICION DE LUJO

2,000 EJEMPLARES

propia para regalos,—impresa en papel cromo superior,— en papel

imitación piel, imitación vitela, y charolado superior

75 CENTIMOS EJEMPLAR

En ambas ediciones va incluida la antigua y piadosísima Novena á San Ignacio de Loyola

EL ALMA RELIGIOSA EN LA ESCUELA DEL CORAZÓN DE JESÚS

ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—Este nuevo y piadoso libro forma un tomito en 8.º de más de doscientas páginas, y se vende al precio de una peseta el ejemplar encuadernado en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, Barcelona.

LA LEYENDA DE ORO

PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO

VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

Quinta edición completada por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Vilarrasa, arcipreste de la Catedral de Barcelona, con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta la fecha, y una serie de estudios refutando los errores modernos sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Precédela un prólogo del Rdo. P. Fr. Ruperto M.^a de Manresa, de la Orden de Menores Capuchinos.

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

Nueva edición en cuatro tomos de unas 500 páginas cada uno, ilustrados con magnífica portada, cabeceras alegóricas de cada mes, y láminas impresas en oro y colores representando a los principales Santos.

Cada tomo abarcará las vidas de aquellos cuyas fiestas correspondan a un trimestre.

Se reparte la obra por cuadernos semanales compuestos de cuatro entregas de á 16 columnas de texto. Cada lámina, atendido su coste, equivale á una entrega, siendo el precio de ésta 25 céntimos de peseta.

Las portadas de cada tomo serán de regalo.

La obra constará de 75 cuadernos; por lo tanto, el precio de cada ejemplar completo será de 75 pesetas.

Tipos claros, buen papel y lujosas láminas.

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración de *Las Misiones Católicas*, Píno, 5, en las principales librerías de España, América y Extranjero, ó bien dirigiéndose á los editores Sres. L. GONZÁLEZ Y C.^a, calle de Lauria, 78, Barcelona, remitiendo en este último caso el valor de cinco cuadernos en sellos de correo ó libranzas del Giro mutuo.

OBRAS, OPÚSCULOS Y HOJITAS DE DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

El devoto del Sacratísimo Corazón de Jesús: colección de ejercicios piadosos para obsequiar al Divino Corazón, dispuesto por el P. Longinos Navás, S. J.—En 16.^o, 30 céntimos en rústica, y 75 en tela.

Conocimiento y amor de Jesucristo (Del).—Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.^o, 1'50 ptas. en piel.

Corazón educado (El) en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafin Casas y Abad.—En 16.^o, 35 céntimos en rústica, y 50 en tela.

Corazón de Jesús predicado (El).—Sermones sobre su devoción, espíritu que debe animarla y formas principales en que se puede practicar, por D. Francisco Cuesta Espino, Pbro.—En 4.^o, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

Declaración y meditaciones de los Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Antonio Gació, S. J.—En 8.^o, 50 céntimos en rústica.

Devoción (De la) al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el P. Segundo Franco.—En 8.^o, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, acomodado á toda clase de personas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Dividido en tres Novenas y un Triduo, á fin de que pueda aprovecharse en otra cualquiera época del año. Va al fin la letra y música del himno *Corazón Santo*.—En 16.^o, 38 céntimos en rústica, y 75 en tela. Edición fina con una estampa del Sagrado Corazón, 75 céntimos en rústica, y 1'75 ps. en percalina y canto dorado. Otra edición en catalán, á 38 céntimos en rústica, y 75 en tela.

Mes del Sagrado Corazón de Jesús, para niños, por M. S. Cu-

sack.—En 16.^o, 20 céntimos en rústica, y 50 en percalina.

Mes de Junio (El) consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Segundo Franco.—En 16.^o mayor, 1 pta. en rústica, y 1'50 en piel.

Oficios del Sagrado Corazón. En nueve tarjetones de cartolina se explican los Oficios del Sagrado Corazón. La faja en que van coleccionados indica su uso en Comunidades, colegios ó particulares.—Nueve tarjetones en 16.^o, 35 céntimos colección.

Presencia real (La) de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, por Mons. Segur.—En 8.^o, 45 céntimos en rústica, y 1 pta. en tela.

Promesas de Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita Maria de Alacoeque á favor de los devotos del Corazón de Jesús. Hermoso opusculito adornado con un bonito grabado con buen papel impreso á dos tintas y portada alegórica, 10 céntimos ejemplar.

Paraiso (Del). Tratado del Padre Segundo Franco, S. J. Versión española del Dr. D. Francisco de Paula Ribas y Servat, Pbro.—Exposición de cuanto enseña la sana teología sobre el cielo y la visión de Dios y de sus Santos.—En 8.^o, 1'50 ptas. en rústica, y 2 en tela y plancha dorada.

Práctica de los nueve Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. L. F., S. J.—En 8.^o, 38 céntimos.

Reclinatorio para la visita al Santísimo Sacramento, por Monseñor Segur.—Van añadidas varias oraciones para la Santa Misa, Confesión y Comunión.—En 16.^o, 60 céntimos en rústica, y 1 pta. en percalina.

El Sagrado Corazón. Explicación de este culto suavisimo y medios con que practicarlo muy fá-

cilmente. Opusculo núm. 78 de la *Biblioteca ligera*, por D. Félix Sardá y Salvany.—6 céntimos uno; 50 céntimos docena; 4 ptas. ciento; 18'75, quinientos, y 35, mil.

Sagrada Comunión (La). Por Mons. Segur.—Este libro es una verdadera llama de amor divino que inflama á cuantos lo leen en deseos de recibir con frecuencia la Sagrada Comunión.—En 8.^o, 20 céntimos.

Sagrado Corazón de Jesús (El), por Mons. Segur.—Tratado popular del culto del Sagrado Corazón de Jesús, su historia y sus excelencias.—En 8.^o, 75 céntimos en rústica, y 1'25 ptas. en percalina.

Santos Misterios (Los), por Mons. Segur.—Explicación familiar y completa de las ceremonias de la Misa.—En 8.^o, 63 céntimos en rústica, y 1'12 ptas. en percalina.

Tres (Las) Rosas de los escogidos, ó sea el amor al Papa, á la Virgen Maria y al Santísimo Sacramento, por Mons. Segur.—En 8.^o, 75 céntimos rúst., y 1'25 ptas. tela.

Venid todos á Mí.—Tiene por objeto promover la costumbre de la visita diaria al Señor Sacramentado, por Mons. Segur.—En 16.^o con cubierta litografiada, 13 céntimos.

Flores de Junio para obsequiar al Sagrado Corazón de Jesús durante treinta y tres días, por L. N., S. J. Segunda edición.—En 16.^o con un grabado del Sagrado Corazón y hermosa cubierta, 6 cts.

Nuevas flores de Junio. Impregnadas de unción divina, son á propósito para distribuir todos los días de dicho mes en las funciones del Sagrado Corazón de Jesús, y muy propias para aumentar la devoción al mismo. Estas hojas las forman 32 hojitas con un grabado cada una.—9 céntimos hoja suelta; 25 hojas, 2 ptas.; 50 id., 3 ptas.; y 100 id., 5 ptas.

HOJITAS RELIGIOSAS.

De esta colección, que hoy consta de 159 títulos diferentes, son propias para las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y de la Sagrada Eucaristía las siguientes:

Núm. 2, Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado.—Núm. 8, Método para asistir á la Santa Misa.—Núm. 18, Tengo sed.—Núm. 33, Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 35, Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 39, Amor y reparación.—Núm. 40, Acto de consagración al Divino Corazón de Jesús, por la Beata Margarita de Alacoeque.—Núm. 41, Tesoro espiritual de los devotos del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 48, El amor de los amores.—Núm. 49, El Corazón de Jesús agonizante.—Núm. 55, El sacrificio continuo.—Núm. 56, Las promesas del Sagrado Corazón.—Núm. 77, Pacto con el Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 81, Sus delicadezas y nuestras groserías.—Núm. 83, El primer viernes de cada mes.—Núm. 96, Una queja del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 106, Acto ante el Santísimo Sacramento.—Núm. 107, Abríidle al mejor amigo.—Núm. 109, Oración al Sagrado Corazón de Jesús por la conversión de los masones, de los liberales y de todos los enemigos de la Iglesia.—Núm. 117, Novena en honor del Ven. P. Bernardo Francisco de Hoyos, S. J.—Núm. 121, Desahogos del alma con el Corazón de Jesús.—Núm. 123, ¡Al Sagrado Corazón!—Núm. 133, ¡Unidos, oh Sagrado Corazón!—Número 145, El Sagrado Corazón y los agonizantes.—Núm. 146, ¿Quién es, qué hace, qué quiere este prisionero de amor?—Núm. 150, Gozos al Sagrado Corazón de Jesús.—Número 151, Obras eucarísticas al alcance de todo el mundo.—Número 156, El Santísimo Viático. (Todas con grabado excepto el núm. 81).

Precio: 1'25 ptas. el ciento de cada número, y 10 el millar.—Para los pedidos basta indicar el número de cada hojita.

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.